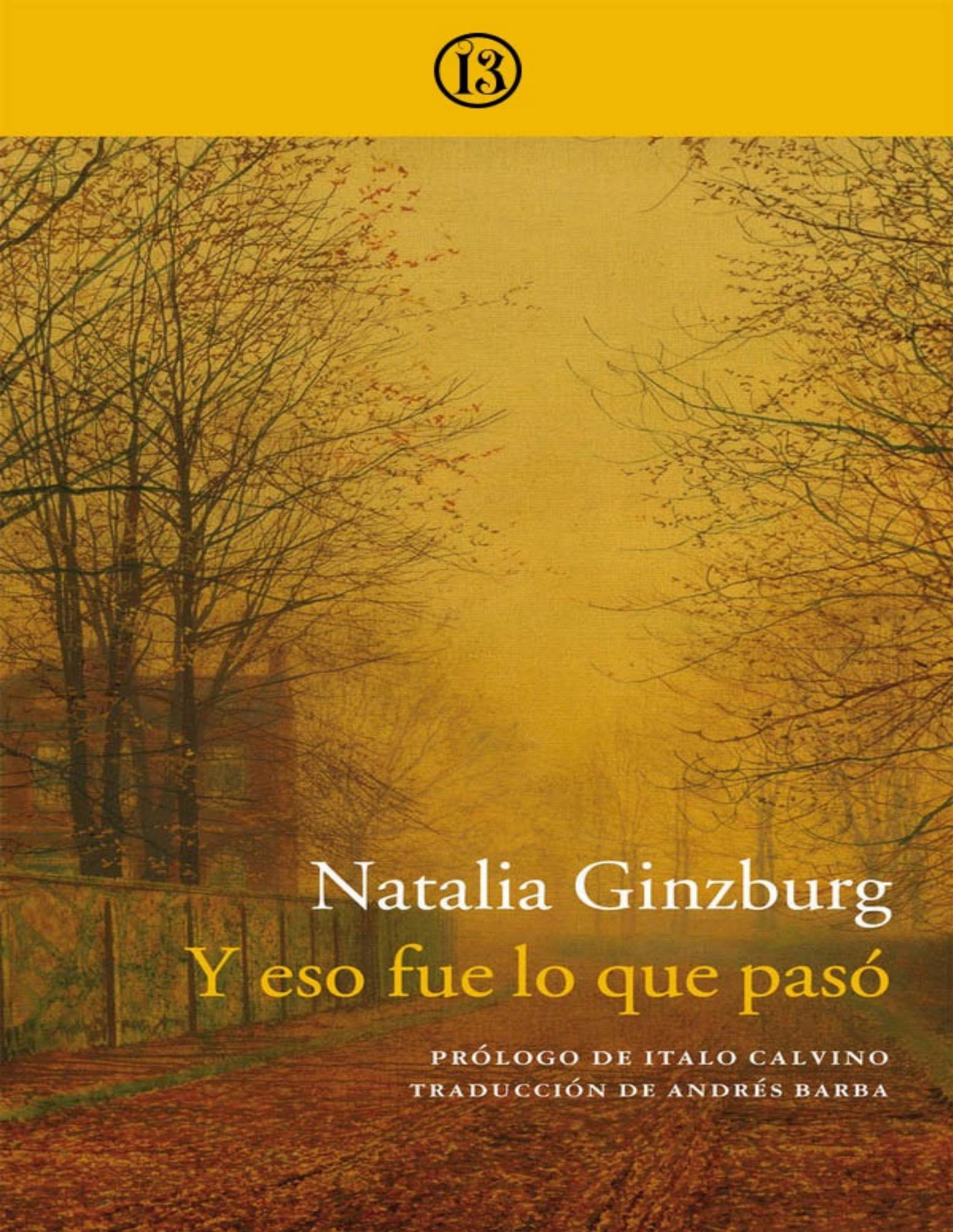


13

The background of the cover is a painting of a path in a forest. The path is covered in fallen autumn leaves and leads towards a fence. The trees are mostly bare, with some sparse red and orange leaves. The overall color palette is warm, dominated by yellows, oranges, and browns.

Natalia Ginzburg
Y eso fue lo que pasó

PRÓLOGO DE ITALO CALVINO
TRADUCCIÓN DE ANDRÉS BARBA

«Durante generaciones y generaciones —observa Italo Calvino en el prólogo de esta edición— lo único que han hecho las mujeres de la tierra ha sido esperar y sufrir. Esperaban que alguien las amara, se casara con ellas, las convirtiera en madres, las traicionara. Y lo mismo sucedía con las protagonistas de Ginzburg». Publicada en 1947, Y eso fue lo que pasó, la segunda novela de Natalia Ginzburg, es la historia de un amor desesperado; una confesión, escrita con un lenguaje sencillo y conmovedor, de la desgarradora lucidez de una mujer sola que durante años ha soportado la infidelidad de su marido y cuyos sentimientos, pasiones y esperanzas la abocan a extraviarse inexorablemente.

Natalia Ginzburg

Y eso fue lo que pasó

Prólogo de ITALO CALVINO
Traducción del italiano de ANDRÉS BARBA



Título original: *È stato così*
Natalia Ginzburg, 1947
Traducción: Andrés Barba Muñoz, 2016

Revisión: 1.0
13/06/2019

A Leone

PRÓLOGO^[1]

de ITALO CALVINO

Natalia Ginzburg es la última mujer sobre la faz de la tierra, el resto son hombres: hasta las figuras de mujeres que se ven alrededor pertenecen en realidad al mundo de los hombres, el mundo de quienes deciden, de quienes eligen, de quienes actúan. Ella —o lo que es lo mismo, las desencantadas heroínas en las que se reconoce— es la única que queda al margen de todo. Durante generaciones y generaciones lo único que han hecho las mujeres de la tierra ha sido esperar y sufrir. Esperaban que alguien las amara, se casara con ellas, las convirtiera en madres, las traicionara. Y lo mismo sucedía con sus protagonistas.

De ese mundo ajeno a ellas se puede descifrar algún signo acordado desde un tiempo inmemorial, de ese vacío surgen de cuando en cuando objetos reconocibles y nombrables: botones, pipas. Los seres humanos sólo son capaces de existir gracias a esquemáticos signos concretos: pelos, bigotes, gafas. Y lo mismo sucede con sus sentimientos y con sus gestos: no se descubren, sino que se reconocen de cuando en cuando en palabras y situaciones ya vistas: *entiendo, entonces es que estoy enamorada, o así que los celos son esto* —como en *Y eso fue lo que pasó*—, *entonces agarro un revólver y le mato*.

Natalia Ginzburg es también una mujer fuerte. Quiero decir una escritora fuerte, y se trata de una condena que pesa sobre sus libros, como también la resignación a un peso que no se aligera con ese lenguaje suyo tan piadoso, o

emotivo, o evasivo. Ni siquiera hay en ella una pizca del femenino abandono a las sensaciones, ese intermitente juego de la memoria que le es tan propio a Virginia Woolf y a tantas otras escritoras y poetas. Natalia Ginzburg cree en las cosas, en los pocos objetos que consigue arrancarle al vacío del universo: bigotes, botones. Cree en sus sentimientos, en sus gestos, dóciles o desesperados.

Quien asegura encontrar en Ginzburg, debido a su lenguaje desnudo y crudo, una influencia de la literatura estadounidense está emitiendo un juicio muy ingenuo. La veta de la que se alimenta en realidad es de la narrativa que es toda ojo, toda acontecimiento, toda tácita simpatía por lo humano, la misma veta de la que se alimentan desde Maupassant hasta Chéjov y que llega hasta Mansfield. Aunque la pequeña Katherine sabía jugar con la tristeza y el aburrimiento; Natalia no juega, Natalia maravilla y sueña. Más aún, cuando se analiza ese interés por lo local tan frecuente en sus libros, sentimos que en realidad está más cerca de algunos de los grandes nombres de nuestro realismo, como Deledda y Percoto.

Ginzburg escribe en primera persona bajo el nombre de personajes muy distantes entre sí, no se trata tanto del yo de un diario lírico como de una exteriorización en la que participan alma y cuerpo. Aun así, resulta ser siempre la misma mujer presa del tedio que no consigue encontrar —que no consigue ni siquiera buscar— la razón de su vida. La joven proletaria de *El camino que va a la ciudad*, que no sabía cómo defenderse ni de sus sentimientos ni de los ajenos, se ha convertido en esta segunda novela en una maestra pequeño-burguesa a la caza de un marido y desilusionada a causa de un matrimonio infeliz. La necesidad de rescatar al personaje que en la primera novela se manifestaba en las distracciones que ofrecía la ciudad y que iban luego extinguiéndose poco a poco, aquí se concentra toda al final, en la desesperación de un solo gesto: el uxoricidio.

Al final, pero también al principio, porque la novela comienza con la descripción del delito: «Le pegué un tiro entre los ojos». A continuación, sobre el banco de un parque público, antes de declarar, rememora toda la historia. Contarla aquí sería quitarle todo el sabor, ese rigor límpido que la domina de principio a fin sin una sola vacilación y que hace que la leamos de corrido.

NOTA^[2]

Cuando escribí *Y eso fue lo que pasó* me sentía infeliz y no tenía ganas de pelear ni de combatir. Tal vez alguien piense que tenía ganas de ponerme a pegar tiros porque esta historia empieza con un disparo, pero no era el caso. Era infeliz y me encontraba totalmente sin fuerzas.

Escribí esta historia para sentirme un poco menos infeliz. Me equivoqué. No debemos buscar nunca un consuelo en la escritura. No debemos perseguir un objetivo. Si hay algo seguro es que es necesario escribir sin perseguir un objetivo.

El disparo nació por casualidad. Deseaba escribir, encontré un disparo y le seguí la pista. Pero el disparo no responde a una necesidad real de la historia. La historia sucede a disgusto y en otro lugar. El disparo era, precisamente, un propósito. Habría sido justo que esa mujer no hubiese disparado, sino que simplemente hubiese imaginado que disparaba. Alguien podría preguntarme por qué incluyo en este volumen esta historia que, como se ve, ya no me gusta. Pero no es cierto que ya no me guste, sé dónde está viva y dónde no es *fortuita*. También sé dónde es *fortuita*. Cuando la escribí tenía la mente confusa y enredada en la oscuridad, por esa razón lo que aún está vivo en esta historia, y como es lógico en esa mujer, es precisamente la oscuridad, la confusión y el enredo.

Había regresado a vivir a Turín. Me había reencontrado con Turín, con la niebla, el invierno gris y las calles mudas llenas de bancos solitarios. Esta historia de *Y eso fue lo que pasó* la escribí casi íntegra en la oficina de la

editorial en la que trabajaba entonces. Era poco después de la guerra y había estufas de terracota que lo ahumaban todo porque los radiadores habían sido destruidos durante la guerra y todavía no había habido tiempo para reponerlos. Esta historia está llena de humo, de lluvia y de niebla. No sé qué otra cosa había flotando en mi cabeza aparte del humo y la lluvia. Me flotaba en la cabeza una novela estadounidense leída hacía muchos años en una traducción francesa. El título en francés era *Chair de ma chair* y en inglés *Mother's cry*^[3]. No recuerdo el autor. Me gustaría añadir aquí que a veces nos vemos inclinados a escribir no sólo libros que nos gustan mucho, sino también otros que no nos gustan en absoluto. Son éstos los que acaban llevándonos por calles oscuras, los que nos hacen tocar acordes secretos, colmándonos de lágrimas y conmociones a veces innobles y vulgares, pero esas conmociones y esas lágrimas, que surgen de nosotros a pesar de que nuestra mente es hostil a ellas, son las que nos dan el impulso de la escritura.

Recuerdo *Chair de ma chair*, recuerdo que era una novela en la que una mujer habla de un hijo suyo que acaba en la silla eléctrica. La novela que yo escribí era una novela sin puntos ni comas. No tenía ganas de ponérselas. Y explico por qué. Las comas son como los pasos. Los pasos producen cansancio, y yo no tenía ganas de cansarme, me sentía sin fuerzas y no quería caminar, sino sentarme y recostarme. Por eso escribí *Y eso fue lo que pasó*, una novela casi sin comas, aunque luego acabé poniéndole algunas y cansándome también un poco, con el cansancio que lleva componer la arquitectura de una historia aunque sea leve, porque mientras escribía también pensé que no se puede hacer nada en la vida sin algo de cansancio. Puede que el disparo inicial se correspondiera con la silla eléctrica de la novela americana. Durante la escritura nunca me preocupó saber si la mujer que escribía era o no era yo misma, porque en aquel momento era demasiado infeliz y dejaba a mi infelicidad que se alimentara donde quisiera.

Algunas personas, cuando han leído esta historia, me han llegado a decir: «Si hubieses sido más feliz, habrías escrito una historia más bella». Yo nunca decía nada porque me parecía que tenían razón. Es cierto que tenían razón, pero era más cierto aún que no se trataba de que yo estuviese intentando ser menos infeliz escribiendo aquella historia, sino sencillamente intentaba llegar a escribir algo a pesar de mi infelicidad y sin haberme curado, escribir sin

dejar que mi infelicidad enturbiara e hiciera enfermar las cosas que escribía. Aunque para llegar a ese punto es necesario que la infelicidad no sea en nosotros una pregunta lacrimosa y llena de ansiedad, sino una conciencia absoluta, inexorable y mortal.

Yo le dije:

—Dime la verdad.

Y él me contestó:

—¿Qué verdad?

Dibujó algo a toda prisa en su cuaderno y me lo enseñó: un tren largo muy largo con una gran nube de humo negro y él asomándose por la ventanilla y saludando con un pañuelo.

Le pegué un tiro entre los ojos.

Me había dicho que preparara el termo para el viaje así que fui a la cocina, preparé el té, le puse leche y azúcar y lo eché en el termo. Metí también el vasito y luego regresé al estudio. Fue entonces cuando me enseñó el dibujo y yo cogí el revólver que estaba en el cajón de su escritorio y le disparé. Le pegué un tiro entre los ojos.

Desde hacía tiempo pensaba que iba a acabar haciéndolo cualquier día.

Luego me puse el impermeable y los guantes y salí de casa. Me tomé un café en el bar y empecé a caminar sin rumbo por toda la ciudad. El día estaba fresco y había una brisa suave que anticipaba lluvia. Me senté en uno de los bancos del parque público, me quité los guantes y me miré las manos. Me quité el anillo y lo guardé en el bolso.

Llevábamos casados cuatro años. En una ocasión me dijo que quería dejarme, pero luego murió nuestra hija y así fue como seguimos juntos. Quería que tuviésemos otro hijo, decía que me iba a hacer mucho bien, y por eso durante la última época acabamos haciendo mucho el amor. Al final nunca llegué a quedarme embarazada de otro hijo.

Me lo encontré haciendo las maletas y le pregunté adónde iba. Me dijo que

iba a Roma, a resolver un asunto con un abogado. Me dijo que por qué no me iba a casa de mis padres y así no estaba sola el tiempo que él estuviese fuera. No sabía cuándo iba a regresar de Roma, si en quince días o en un mes, no lo sabía con seguridad. Pensé que tal vez no volvería nunca, así que yo también hice la maleta. Me dijo que cogiera cualquier novela para no aburrirme. Fui a la biblioteca y cogí *La feria de las vanidades* y dos libros de Galsworthy y los metí en la maleta.

Le dije:

—Dime la verdad, Alberto.

Y él dijo:

—¿Qué verdad?

Y yo:

—Te vas con ella.

Y él:

—¿Con quién? —Y añadió luego—: Tu problema es que tienes demasiada fantasía, no paras de rumiar por dentro imaginándote cosas terribles y por eso nunca tienes paz ni das paz a los demás. —Me dijo—: Coge el tren correo que llega a las dos a Maona.

Y yo:

—Sí.

Luego echó un vistazo al cielo y me dijo:

—Y harías bien en llevar el impermeable, es época de lluvia.

Yo le dije:

—De todas formas prefiero saber la verdad, sea cual sea.

Él se puso a reír y recitó:

*La verdad va buscando, que le es tan amada,
como lo sabe quien por ella deja la vida*^[4].

No sé cuánto tiempo estuve sentada en el banco. No había nadie en el jardín público, los bancos estaban húmedos por la niebla y el suelo estaba cubierto de hojas secas. Me puse a pensar en lo que había hecho. Me dije a mí

misma que dentro de un rato tendría que ir a la comisaría de policía y explicar más o menos cómo habían sido las cosas. No iba a ser nada fácil. Me habría gustado empezar por el primer día, cuando nos conocimos en casa del doctor Gaudenzi. Él tocaba el piano a cuatro manos con la mujer del doctor Gaudenzi y cantaba algunas canciones en dialecto. Me miró fijamente y luego hizo un dibujo de mi cara a lápiz en su cuaderno. Le dije que se me parecía bastante, pero él dijo que no y rompió la hoja. El doctor Gaudenzi comentó: «Nunca le salen bien los retratos de las mujeres que le gustan».

Me ofreció un cigarrillo y le divirtió que me lloraran los ojos. Alberto me acompañó de vuelta a la pensión y me preguntó si podía volver al día siguiente para traerme una novela francesa de la que me había estado hablando.

Vino al día siguiente. Salimos juntos y paseamos un poco y luego nos sentamos en un café. Me miraba con los ojos alegres y muy abiertos y yo pensé que a lo mejor se había enamorado de mí. Como aquello era algo que no me había sucedido hasta ese momento, que un hombre se enamorara de mí, me puse muy contenta y nos quedamos varias horas más en el café. Por la noche fuimos al teatro y yo me puse el vestido más bonito que tenía, uno de terciopelo rojo que me había regalado mi prima Francesca.

Francesca estaba también en el teatro, sentada en la fila de atrás, y me guiñó el ojo. Al día siguiente, cuando fui a comer a casa de mis tíos, Francesca me preguntó:

—¿Quién era ese viejo?

—¿Qué viejo? —dije yo.

Y ella:

—El viejo del teatro.

Yo le dije que era uno que me hacía la corte pero que a mí no me interesaba para nada.

Cuando vino la vez siguiente a buscarme a la pensión le miré con atención y no me pareció que fuera tan viejo. A Francesca todo el mundo le parecía viejo. Aunque físicamente no me gustaba mucho me ponía muy contenta cuando venía a la pensión porque me miraba con esos ojos tan alegres y abiertos y siempre es agradable cuando un hombre te mira así. Me decía que tal vez estaba muy enamorado de mí y yo pensaba «pobrecito» mientras me imaginaba el momento en que me pediría que me casara con él y las palabras que

utilizaría. Yo le diría que no y él me preguntaría entonces si podíamos seguir siendo amigos y una de aquellas noches me llevaría de nuevo al teatro y me presentaría a un amigo suyo más joven que se enamoraría de mí y yo me casaría con ese amigo. Tendríamos muchos hijos y Alberto vendría a visitarnos y siempre traería un *panettone* enorme en Navidad y estaría contento aunque también un poco melancólico.

Fantaseaba con todas esas cosas tirada en mi cama de la pensión, en lo bonito que sería estar casada y tener una casa para mí sola. Me imaginaba cómo la decoraría con miles de objetos elegantes y pequeños, las plantas que tendría y cómo bordaría pañuelos recostada en un sofá enorme. El hombre con el que me iba a casar unas veces tenía una cara y otras veces otra, pero la voz siempre era parecida y nunca dejaba de escuchar en mi interior las mismas palabras entre irónicas y tiernas. Yo vivía en una tétrica pensión con toda la tapicería oscura y en la habitación que había junto a la mía dormía la viuda de un coronel que golpeaba la pared cada vez que yo movía una silla o abría la ventana. Por la mañana tenía que levantarme temprano e ir corriendo a la escuela en la que daba clase. Me vestía a toda velocidad, me comía una tostada y me cocía un huevo en el hornillo de gas. La viuda del coronel se ponía a dar golpes con el cepillo en la pared mientras yo iba arriba y abajo por la habitación buscando el vestido y la hija de la dueña, que era una histérica, seguía como una pava encerrada en el baño porque le habían prescrito unos baños de agua caliente que se suponía que la calmaban. Salía a la calle y mientras esperaba el tranvía durante aquellas mañanas gélidas y desiertas me divertía inventándome tantas historias extrañas que al final me acababa calentando la cabeza y muchas veces llegaba a la escuela con una cara tan absorta y ensimismada que debía ser cómico verme.

A una muchacha le produce tanto placer pensar que un hombre se ha enamorado de ella que aunque no esté enamorada es un poco como si lo estuviera y se pone más guapa y le brillan los ojos y se le vuelve el paso más ligero y también la voz se le vuelve más ligera y más dulce. Antes de conocer a Alberto yo había pensado que me iba a quedar sola para siempre porque me sentía totalmente sosa y sin gracia, pero cuando le encontré y me dio por pensar que tal vez se había enamorado de mí me dije que si le había gustado a él no había razón para que no le gustara también a otros, tal vez a uno que me

hablara con aquella voz entre irónica y tierna que oía dentro de mí. Ese hombre a veces tenía una cara y otras veces otra, pero siempre tenía la espalda ancha y fuerte y las manos rojas y un poco bastas y tenía una forma maravillosa de burlarse de mí cuando volvía a casa por la noche y me encontraba tirada en el sofá bordando pañuelos.

Cuando una muchacha está demasiado sola y lleva una vida demasiado monótona y agotadora, cuando se ve con poco dinero en el bolso y los guantes viejos, se le va la imaginación a diario detrás de tantas cosas que al final se encuentra indefensa frente a todos los errores y trampas que pone la fantasía. Yo, víctima fácil de mi propia imaginación, leía a Ovidio a dieciocho niñas en una enorme clase helada y comía en el tétrico comedor de la pensión mirando a través de aquellas ventanas con cristales pintados de amarillo esperando que viniese Alberto a buscarme para ir a un concierto o a dar un paseo. La tarde del sábado cogía el tren correo de Porta Vittoria e iba a Maona. Regresaba el domingo por la tarde.

Mi padre es un médico que se trasladó a Maona hace ya más de veinte años. Es un viejo alto, gordo y un poco cojo que camina apoyándose siempre en un bastón de cerezo. En verano lleva un sombrero de paja con una cinta negra y en invierno una gorra de castor a juego con un abrigo bordado también de castor. Mi madre es una señora pequeña con una gran mata de pelo blanco. A mi padre le llaman ya poco porque está viejo y se mueve con desgana, por eso la gente suele llamar más bien al médico de Cavapietra, que tiene una motocicleta y estudió en Nápoles. Mi padre y mi madre se pasan el día entero en la cocina jugando al ajedrez con el veterinario y el concejal del ayuntamiento. Yo, cuando llegaba a casa el sábado, me sentaba junto a la estufa y me pasaba allí sentada todo el domingo hasta que llegaba la hora de marcharme. Me arrullaba junto a la estufa y me adormilaba hinchada de polenta y menestra sin decirle una sola palabra a mi padre, que no paraba de jugar una y otra partida de ajedrez con el veterinario y de decirle que las muchachas modernas habían perdido totalmente el respeto a sus padres y ya ni siquiera les decían una sola palabra de lo que hacían.

Cuando me encontraba con Alberto le hablaba de mi padre y de mi madre y le contaba que había vivido en Maona antes de venir a enseñar a la ciudad, que mi padre me pegaba en las manos con el bastón y yo me encerraba a llorar

en la carbonera y que una vez robé *Esclava o reina* y lo escondí debajo del colchón para leerlo de noche y también que se iba mucho al cementerio, yo, mi padre y la criada del concejal, siempre por la calle que baja hacia el cementerio entre los campos y los viñedos y le contaba también las ganas de escaparme lejos de allí que me daban cuando contemplaba aquellos campos y aquella colina desierta.

Alberto, sin embargo, nunca me contaba nada de sus cosas y por eso yo desconfiaba de él al principio, porque nunca me había pasado en la vida que alguien se interesase tanto por mí y me preguntara tanto sobre mi vida como si tuviese una gran importancia todo lo que había dicho o pensado mientras paseaba por aquella calle que bajaba al cementerio, o en la carbonera, hasta que al final acabé sintiéndome mucho más contenta y mucho menos sola paseando con Alberto por la ciudad o sentándonos en los cafés. Me había dicho que vivía con su madre, que era anciana y estaba enferma. La mujer del doctor Gaudenzi me había dicho que era una vieja loca podrida de dinero que se pasaba el día estudiando sánscrito y que fumaba cigarrillos con una boquilla de marfil y no veía a nadie, sólo a un fraile dominico que iba todas las tardes a leerle las cartas de san Pablo, y que no salía de su casa desde hacía años porque decía que le dolían los pies en cuanto se ponía los zapatos y estaba siempre sentada en el sillón en aquella villa sin más compañía que la de una cocinera joven que le robaba de la compra y la maltrataba. Pero a Alberto no le gustaba hablar de sus cosas y aunque al principio no me importaba enseguida empezó a importarme, siempre intentaba preguntarle algo pero su rostro se quedaba absorto y lejano, los ojos se le apagaban como les sucede a los pájaros cuando enferman, y siempre que le preguntaba por su madre, por su trabajo o por su vida pasaba lo mismo.

Nunca me dijo que se había enamorado de mí, pero yo lo creía porque venía mucho a buscarme a la pensión y siempre me traía algún libro o alguna chocolatina de regalo y quería que saliésemos juntos. Creía que tal vez era tímido y no se atrevía a decírmelo y yo esperaba que un día llegase y me dijese que se había enamorado de mí para poder contárselo a Francesca. Francesca siempre tenía muchas cosas que contar y yo sin embargo nunca tenía ninguna. Aun así un día le conté que se había enamorado de mí. No me lo había dicho en realidad, pero me había regalado unos guantes de ante marrón,

y aquella tarde estuve segura de que me quería. Y le dije también que no quería casarme con él porque era muy viejo, no sabía exactamente cuántos años tenía pero debía de tener más de cuarenta mientras que yo sólo tenía veintiséis. Francesca me dijo que me lo quitara de encima, que era un tipo que a ella no le gustaba para nada y que le tirase a la cara aquellos guantes que ya ni siquiera estaban de moda, que con aquellos broches en la muñeca tenían un aspecto de lo más provinciano. Me dijo que estaba segura de que si seguía con él me iba a acabar metiendo en un buen lío. En aquella época Francesca sólo tenía veinte años pero yo la escuchaba con atención porque todo lo que decía me parecía muy inteligente. Aunque es cierto que en aquella ocasión no le hice ningún caso y los guantes me los seguí poniendo porque me gustaban mucho a pesar de los broches, y también me gustaba estar con él, por eso seguí viéndole, porque a mis veintiséis años aquélla era la primera vez que un hombre me hacía regalos y se preocupaba por mí, mi vida me parecía totalmente vacía y melancólica y pensaba que Francesca juzgaba las cosas demasiado frívolamente porque ella sí tenía en su vida todo lo que quería y viajaba mucho y no paraba de hacer cosas divertidas.

Llegó el verano y me marché a Maona. Esperaba que me escribiese pero no me escribió más que una postal con su firma desde un pequeño pueblo junto a un lago. Me aburría en Maona, los días no acababan nunca. Me pasaba las horas sentada en la cocina y encerrada en mi habitación leyendo. Mi madre pelaba tomates en la terraza con la cabeza envuelta en una toalla y a continuación los ponía a secar sobre una tabla de madera para guardarlos en conserva, mi padre se sentaba en el muro de la plaza frente a la casa con el veterinario y el concejal y hacía dibujos en el suelo con la punta de su bastón. La criada lavaba en la fuente del patio y retorció la ropa con aquellos brazos rojos y musculosos, las moscas revoloteaban alrededor de los tomates y mi madre limpiaba el cuchillo con un periódico y se lavaba las manos pringosas. Yo tenía guardada la postal que me había mandado Alberto, a esas alturas me sabía ya de memoria aquella postal, el lago y el rayo de sol y los barquitos de vela, lo que no entendía era por qué me había mandado una postal y nada más. Todos los días esperaba el correo. Francesca me escribió dos veces desde Roma a donde se había ido con una amiga a estudiar en la escuela de teatro, en una de las cartas me decía que se había echado un novio y en la otra que todo

se había acabado. Pensé muchísimas veces que tal vez Alberto iba a venir a Maona a buscarme. Mi padre se habría quedado sorprendido al principio, pero le habría tranquilizado saber que era un amigo del doctor Gaudenzi. Iba a la cocina a sacar el cubo de la basura porque olía mal y lo metía en la carbonera, pero la criada lo sacaba y lo llevaba de nuevo a la cocina porque decía que no olía. Me daba un poco de miedo que viniera porque me avergonzaba lo del cubo de la basura y lo de mi madre con la toalla enrollada en la cabeza y las manos pringosas de pelar tomate, pero también lo esperaba y cada vez que me asomaba a la ventana me daba la sensación de que estaba allí bajando del tren correo. Si veía un hombre bajito con un impermeable blanco me quedaba un poco sin aire y sentía que me ponía a temblar pero luego no era él así que me iba de nuevo a mi habitación y me encerraba a leer hasta la hora de la comida. Muchas veces intentaba pensar todavía en aquel hombre de la voz irónica y de la espalda ancha, pero cada vez me parecía más lejano aquel hombre de rostro desconocido y cambiante, cada vez tenía menos sentido para mí.

Cuando regresé a la ciudad esperé que Alberto viniera a verme porque pensé que debía haber supuesto que estaba de vuelta ya que habían empezado las clases. Pero no vino. A diario me peinaba y me ponía polvos y me sentaba a esperarle y como no venía me acababa yendo a la cama. Era una pensión tétrica con tapicería de flores y lo único que se escuchaba eran los gritos de pava de la hija de la dueña que no quería desnudarse para el baño. Yo tenía su dirección y también su número de teléfono pero no me atrevía a llamarle porque siempre era él quien venía a la pensión. Me decía a mí misma que tal vez no había regresado todavía a la ciudad, pero un día le llamé desde un teléfono público y fue él quien contestó la llamada, era su voz. Yo no dije nada y colgué muy despacio. Todas las tardes me ponía polvos y esperaba. Me daba vergüenza y me engañaba a mí misma diciéndome que no le esperaba, me ponía a leer pero no me enteraba de lo que leía. Todavía hacía calor por las noches y dormía con la ventana abierta, escuchaba el sonido del tranvía recorriendo las vías y me preguntaba si no iría él en uno de aquellos tranvías con su impermeable blanco y la bolsa de cuero, absorto en todas aquellas cosas de su vida de las que nunca me había querido hablar.

Y así fue como me enamoré de él, mientras le esperaba sentada en mi

cuarto de la pensión con el rostro empolvado y pasaban las medias horas y las horas y se oía el grito de la pava y mientras caminaba por la ciudad mirando siempre con atención por si le veía pasar, y se me agitaba el corazón cada vez que veía a un hombre bajito con un impermeable blanco y un hombro un poco más alto que el otro. Así fue como empecé a pensar siempre en su vida, en cómo vivía en aquella villa con su madre, que estudiaba sánscrito y no se ponía nunca zapatos, y empecé a pensar que si me pedía que me casara con él le diría que sí, así habría podido saber a cada hora y a cada minuto dónde estaba y qué hacía y por la noche, cuando regresara a casa, él podría tirar el impermeable en una silla a la entrada y yo lo recogería y colgaría en el armario. Francesca todavía no había vuelto de Roma y yo pensaba que cuando regresara me iba a preguntar por Alberto y entonces le tendría que contar que no le había visto desde antes del verano y ella me diría: «Pero ¿no estaba enamorado de ti?». Y se sorprendería y yo me moriría de vergüenza.

Un día fui a casa de Gaudenzi para ver si me lo encontraba o me decían algo de él. El doctor no estaba en casa, sólo estaba su mujer, que en ese momento estaba limpiando las ventanas. Me quedé allí mirando cómo limpiaba las ventanas mientras me explicaba que primero había que hacerlo con papel de periódico y ceniza disuelta en agua y después restregarlas muy despacio con una bola de lana y así quedaban tan limpias que era un esplendor. Luego se bajó de la escalera y me preparó un chocolate pero como no me decía nada de él me acabé yendo pronto.

Un día me lo encontré en la calle. Le vi desde lejos con su bolsa de cuero y el impermeable abierto y aleteando. Durante un rato estuve caminando detrás de él. No se volvió. Fumaba e iba tirando la ceniza, hasta que se paró para apagar la colilla con el pie y ahí fue cuando me vio. Se puso muy contento y fuimos a un café. Me dijo que había tenido muchas cosas que hacer y que por eso todavía no se había pasado a verme por la pensión pero que había pensado mucho en mí. Yo le miraba e intentaba reconocer en aquel hombre bajito de rizos canosos a la persona que me había estado atormentando y llenando de angustia durante todo aquel tiempo. Me sentía fría, deprimida y como rota por dentro. Me preguntó cómo había pasado el verano y si me había escondido en la carbonera y entonces nos reímos juntos. Recordaba todo lo que le había contado sobre mí, no se había olvidado de nada. Yo le pregunté qué tal había

pasado el verano y él cambió de actitud, de pronto tenía un aire lejano y cansado. Me contó que casi lo único que había hecho era contemplar el lago y que le gustaban mucho los lagos porque no había ningún tipo de violencia ni en la luz ni en el color de un lago mientras que el mar era una cosa demasiado grande y cruel, con todas esas luces y esos colores violentos.

Al poco rato de estar juntos ya estábamos como antes y nos reíamos de las mismas cosas que le contaba yo. Parecía muy, muy contento de estar conmigo y yo también estaba muy contenta. Había olvidado ya que le había estado esperando inútilmente todo aquel tiempo y pensaba que tal vez era cierto que había tenido mucho que hacer. Le hablaba de mi padre y de mi madre y del concejal y de la gente que había llegado aquel año a la pensión mientras él me hacía un retrato a toda prisa en su cuaderno para luego romper la hoja y comenzar otro nuevo. Y hasta llegó a hacer un dibujo del lago con él remando en una barquita y una ribera llena de señoras ancianas con perros minúsculos con la pata estirada haciendo pis en las plantas.

Comenzamos a vernos casi todos los días. Todas las noches, cuando regresaba a la pensión o cuando salía de mi habitación me preguntaba si estaba enamorado de mí o si yo estaba enamorada de él y me daba la sensación de que ya no entendía nada. Nunca me decía palabras de amor y claro yo tampoco hablaba de eso, pero sí le hablaba de mi escuela y de la pensión y de los libros que había leído. Pensaba en aquellas manos suyas pequeñas y gráciles que estaban siempre dibujando en el cuaderno y en los rizos canosos que rodeaban su rostro delgado y en aquel cuerpo pequeño y grácil con aquel impermeable blanco con el que iba por toda la ciudad. Pensaba en él todo el día y ya no veía nada más, unas veces eran las manos, otras el cuaderno o el impermeable o de nuevo el cuaderno y los rizos bajo el sombrero o su cara delgada y las manos. Leía a Jenofonte a dieciocho niñas en aquella clase barnizada de verde con el mapa geográfico de Asia y el retrato del papa, comía en el comedor de la pensión con la dueña, que paseaba entre las mesas, y todos los sábados cogía el tren correo en Porta Vittoria como si me estuviese volviendo idiota porque no conseguía que se despertara en mí interés por nada ni por nadie. No estaba demasiado segura de que me amase, pero aun así me llevaba siempre libros y chokolatinas y siempre parecía muy contento de estar conmigo. Seguía sin contarme nada de su vida y mientras leía

a Jenofonte en la clase y apuntaba las notas en la lista no conseguía que mi pensamiento se concentrara en otra cosa que no fuera su cuerpo pequeño absorto en aquellas actividades misteriosas suyas, aquel cuerpo pequeño en el interior de su impermeable blanco ondeante por toda la ciudad tras deseos e impulsos desconocidos por mí y me daba como una fiebre. Había habido una época en mi vida en la que había sido lo bastante fuerte como para enseñar e interesarme por todas mis alumnas y mi trabajo, pero ya no sentía ningún cariño por aquellas dieciocho niñas que estaban sentadas en sus pupitres, me resultaban tan indiferentes que tenía una sensación de náusea y casi tenía que retirar la mirada.

Francesca había regresado de Roma y estaba de mal humor. Una de aquellas noches había ido a cenar a su casa pero como siempre pensaba que Alberto iba a ir a buscarme a la pensión tuve prisa por marcharme. Fue una cena muy larga en la que el tío y la tía no pararon de pelear y Francesca estaba de un pésimo humor y sin decir una palabra con un vestido de punto negro precioso que hacía que pareciera mayor y más pálida. Cuando acabó la cena la tía me llamó a su habitación y me preguntó qué le pasaba a Francesca y yo le contesté que no lo sabía, tenía ganas de marcharme pero la tía me tenía agarrada de la mano y lloraba y lloraba sin parar de decir que no entendía a Francesca y que además Francesca se vestía siempre de negro con sombreros negros que la envejecían y que nadie sabía qué le había pasado en la escuela de teatro y qué se proponía con aquella actitud. La tía me contó que Francesca se había echado un novio aquel verano y que luego lo había dejado, un joven muy bueno y distinto y que Francesca le había plantado. Yo lo único que sentía era que el tiempo pasaba y que a lo mejor Alberto ya estaba en la pensión y la mano de la tía seguía agarrando la mía mientras con la otra se sonaba con un pañuelito.

Cuando por fin me pude marchar ya era tarde y cuando llegué a la pensión estaban cerrando la puerta. La criada me dijo que había venido el señor de todos los días, que había estado esperándome un rato en el saloncito y que luego se había marchado. Me fui a mi habitación, me tiré en la cama y me puse a llorar. Era la primera vez en mi vida que lloraba por un hombre así que pensé que tenía que amarle para estar llorando de aquella manera. Pensé también que si me pedía que me casara con él le diría que sí y estaríamos

juntos para siempre y que así siempre sabría dónde estaba, cada hora y cada minuto. Pero si pensaba que también haríamos el amor sentía rechazo y me decía entonces que tal vez no estaba enamorada y no entendía nada de nada.

Él nunca decía nada y siempre hablábamos como buenos amigos. Nunca me hablaba de él, siempre quería que fuese yo la que hablara. Los días que me sentía triste y estaba callada me daba la sensación de que se aburría y entonces me entraba el pánico de que ya no quisiera venir más a buscarme. Trataba de estar alegre, le hablaba entonces de la gente de la pensión y de los gritos de la pava y nos reíamos juntos. Pero luego cuando me separaba de él estaba cansada y me metía en la cama e intentaba pensar en las mismas fantasías de siempre. Me había vuelto ya demasiado idiota para las fantasías, lo único que hacía era recordar las palabras que me había dicho preguntándome si eran o no de amor, cogía todas aquellas palabras y les daba vueltas y vueltas en mi interior y durante un segundo me daba la sensación de que tenían sentido y las dejaba caer de nuevo y se me cerraban los ojos.

En una ocasión me dijo que nunca había conseguido tomarse nada en serio. Dibujaba pero jamás se había convertido en pintor, tocaba el pianoforte pero nunca había conseguido hacerlo verdaderamente bien, era abogado pero no tenía el menor deseo de ganarse la vida ejerciendo la profesión y pensaba que si no iba a la oficina no le sucedería nada demasiado grave. Por eso se quedaba por las mañanas en la cama leyendo novelas. Pero muchas veces le daba una especie de vergüenza al mismo tiempo que una especie de saciedad y sentía que se sofocaba en aquella cama blanda y caliente bajo el edredón de plumas de seda amarilla. Me decía que él era igual que un tapón de corcho que flotaba sobre el mar y al que las olas acunaban agradablemente pero que jamás podría saber qué era el mar en realidad. Era una de las primeras cosas que me decía sobre él y también que le gustaban los pueblos a la orilla de los lagos. Yo cogía aquellas palabras suyas y les daba vueltas y vueltas dentro de mí pero en aquella enorme extensión misteriosa de su vida lo único que veía flotar era una vieja que estudiaba sánscrito y un edredón de seda amarilla.

Mientras estaba sentada en el jardín se puso a llover y me marché de allí. Fui de nuevo al bar, pedí otro café y me senté a la única mesa que estaba libre

junto a la ventana. Estaba apoyada en el cristal mirando caer la lluvia cuando de pronto pensé si alguien habría escuchado el disparo. Nuestra casa está al final de una calle solitaria y alrededor hay un pequeño jardín con muchos árboles. Era posible que nadie lo hubiese escuchado. Es la casa en la que vivió la vieja que estudiaba sánscrito y las paredes estaban cubiertas de estanterías con libros escritos en sánscrito. Todavía tienen casi todos ellos el olor de la vieja. Yo nunca llegué a conocerla porque murió antes de que nos casáramos pero sí vi su boquilla de marfil dentro de una lata y también sus pantuflas y su chal de lana y sus polveras vacías con una nube de algodón en el interior y se siente su olor por todas partes.

Cuando murió su madre él parecía un trapo. La encontró muerta una mañana, en la cama. Aquel mismo día por la tarde iba a venir a buscarme para ir a ver una exposición de pintura. Le esperé y, como no venía, le llamé por teléfono. Me dijo que acababa de morir su madre. No supe muy bien qué decirle en aquel momento así que me senté a escribirle una carta. Me salió una carta muy bonita, porque a veces se me da bien escribir. Al funeral no fui porque la vieja había dejado escrito que no quería que fuese nadie, eso fue lo que me dijo el doctor Gaudenzi cuando le llamé para enterarme. Después de unos cuantos días Alberto me mandó una nota en la que decía que no tenía muchas ganas de salir y en la que me pedía que me acercara a su casa. Le encontré con la barba crecida, el pelo alborotado y la bata del pijama puesta. Había discutido con la criada y la criada se había marchado. Había intentado encender la estufa pero no hacía más que meter papel de periódico y aquello no prendía nunca. Encendí yo la estufa y nos sentamos junto a ella. Me enseñó un retrato de su madre cuando era joven: una mujer gorda y solemne con una gran peineta a la española plantada en el moño. Me estuvo hablando durante un buen rato de su madre pero a mí me costaba trabajo cuadrar la imagen de aquella mujer educada y sensible de la que me hablaba con la señora del retrato y con la vieja caprichosa y en pantuflas que siempre me había imaginado. Contemplaba la habitación y la estufa y el jardín que se veía tras los cristales con aquellos enormes árboles desnudos y la enredadera que crecía sobre el muro y me sentía quieta y serena como no lo había estado en mucho tiempo, me sentía como si por fin se hubiese apagado aquella fiebre y aquella sensación extraña y convulsa que tenía desde hacía tanto, allí, sentada

con él, en su casa.

Cuando me fui estaba tan contenta que no tenía ganas de estar sola en la pensión así que me acerqué a ver a Francesca. Pero Francesca estaba de mal humor y en cuanto me vio la cara me dijo que no le apetecía escuchar confidencias porque no le importaba un pimiento la vida de nadie y le dolía la cabeza. Estaba tirada en la cama con una bolsa de agua caliente. Me dijo que le cosiera el forro de la falda y yo se lo cosí y me marché.

Pero él no me volvió a pedir que fuera a su casa. En vez de eso solíamos ir a pasear al río o nos sentábamos toda la tarde en el café. No me volvió a hablar de su madre. Llevaba una cinta negra de luto en la manga de la gabardina pero también había retomado sus dibujos en el cuaderno. Incluso había hecho uno de nosotros dos intentando encender la estufa. Siempre que me dejaba yo tenía una sensación de estupor y vacío, no entendía a aquel hombre. No entendía por qué pasaba tantas horas conmigo preguntándome por la gente de la pensión y haciéndome dibujos. Nunca había ni una sola palabra de amor entre nosotros. Íbamos a pasear muy lejos junto al río o a las vallas del bosque donde suelen ir los enamorados y nunca había entre nosotros ni una palabra ni un gesto de amor.

Un día le dije que le amaba porque estaba cansada de llevar aquel secreto dentro de mí y con frecuencia me sentía ahogada en aquella habitación de la pensión con aquel secreto que me crecía por dentro. De nuevo tenía la sensación de que me estaba volviendo idiota y de que ya no tenía interés por nada ni por nadie. Quería saber si él también me amaba y si nos íbamos a casar algún día. Sentía ese deseo como quien siente deseo de comer o de beber y luego pensé que las personas siempre sienten deseo de decir la verdad aunque sea algo difícil y muchas veces requiera valor. Así fue como le dije que le quería. Estábamos apoyados en la baranda de un puente. Estaba oscuro y los carruajes pasaban despacio a lo largo de la calle con el farolillo de papel suspendido bajo el vientre del caballo. Los pájaros se alzaban silenciosamente desde la hierba alta y erizada de la ribera. Durante un rato nos quedamos en silencio contemplando cómo se hacía de noche y las últimas casas de las vallas se iluminaban a lo lejos. Me dijo que de pequeño le encantaban aquellos farolillos de papel y que esperaba todo el año a que llegara la noche de la Inmaculada para colgar en el balcón aquellos farolillos

que luego se rompían a la mañana siguiente y le daba tristeza. Pero yo acababa de confesarle todo hacía un rato, le había confesado cómo le esperaba siempre en la habitación de la pensión, le había dicho cómo me atormentaba a solas y que no era capaz de descubrir qué iba mal y me iba volviendo idiota poco a poco y le amaba. Después de decirle todas aquellas cosas me había dado la vuelta para dejar de ver aquella cara suya asustada y triste. Ya me había dado cuenta de que no me amaba. Me puse a llorar. Él sacó su pañuelo y me secó las lágrimas. Estaba pálido y lleno de miedo y me dijo que nunca se había dado cuenta de que me pudiera estar pasando eso, que sentía por mí una gran simpatía y una gran amistad pero que no me amaba. Me dijo que llevaba muchos años enamorado de una mujer y que no podía casarse con ella porque ya estaba casada, pero que igualmente creía que no podría vivir con otra mujer. Se había equivocado conmigo y me había hecho daño sin darse cuenta, jamás había pensado que pudiese hacerme tanto daño. Regresamos a la ciudad sin decirnos nada. Me acompañó hasta la puerta de la pensión y me preguntó si podía encontrarse conmigo al día siguiente. Yo le dije que prefería que no nos viésemos más. Él contestó: «Sí». Y se marchó. Parecía deprimido. Me quedé mirándole mientras se alejaba. Tenía la espalda encogida y daba unos pasitos cortos y cansados, como los de un niño al que acaban de regañar.

Me fui a mi habitación sin cenar y me metí en la cama. Le pedí a la criada que llamara a Francesca y le preguntara si me podía venir a ver. Vino. Estaba muy guapa con aquel vestido de punto negro y un gorrito a la turca con un colgante de seda. Se había depilado las cejas. Se sentó en mi cama, encendió un cigarrillo y me dijo:

—Cuéntame. —Pero yo estaba llorando y no conseguía hablar. Ella fumaba y esperaba—. ¿Todavía por el viejo ese? —me preguntó, y yo le dije:

—Sí.

Hizo un gesto de asco y a continuación echó una gran bocanada de humo. Dijo:

—Un tipo que no me gusta para nada.

Le fui contando todo poco a poco. Se quedó hasta medianoche y tuvimos que despertar a la criada para que le abriera la puerta de la calle. Me dejó unas pastillas para dormir pero aun así no dormí nada. De cuando en cuando me adormecía pero de pronto volvía a ver delante de mí aquella cara de

Alberto llena de miedo y de dolor. Me preguntaba qué iba a hacer ahora con mi vida. Me daban vergüenza todas las cosas que le había dicho y todas sus palabras y mis palabras me quemaban dentro del cuerpo.

Francesca vino a buscarme a la mañana siguiente. Me trajo unas naranjas. Mandó a la criada a mi escuela para que dijera que tenía bronquitis. Escribió a mi madre diciéndole que no iba a ir a Maona el siguiente sábado porque no me encontraba bien. Me peló una naranja, pero como no tenía ganas de comérmela, se la comió ella. Me dijo que no me levantara en todo el día y que lo único que tenía que hacer era ir a San Remo con ella y quedarme allí un par de meses. Le dije que no podía dejar la escuela tanto tiempo y que además tampoco tenía dinero. Me contestó: «¿Y a quién le importa esa sucia escuela?». Y que dinero tenía ella suficiente para las dos, que podíamos irnos al día siguiente. Cuando estuviéramos en San Remo me prestaría aquel vestido suyo de tul escotado por detrás con dos rosas celestes bordadas en la espalda. Sacó la maleta del armario, la limpió con un periódico y empezó a meter dentro mis vestidos. Luego se fue a casa a comer y a preparar su maleta. Yo me quedé en la cama todavía un rato. Pensé en la mujer a la que él amaba. Aquella mujer estaba como inmóvil frente a mí y me miraba fijamente con una mirada entre estúpida y cruel con unos ojos grandes y pintados de rosa. Tenía unos pechos grandes y blandos y unas manos de dedos largos y cubiertos de anillos. Se esfumó de pronto pero un segundo más tarde volvió a aparecer frente a mí, aunque ahora con un látigo y consumida, con un pelo largo y pasado de moda y un aire cansado y marchito. Aquella señorita de pelo largo tenía piedad de mí pero su presencia me resultaba igualmente insufrible y aquella mirada lastimosa me producía verdadero espanto.

Me preguntaba qué iba a hacer ahora con mi vida. Todas las palabras que había dicho y que me había dicho fluían y refluían en mi interior. Tenía la boca seca y amarga y me dolía la cabeza.

La criada apareció en la habitación y me dijo que el señor de siempre me esperaba en la entrada. Me levanté y me vestí. Salí de la habitación y me lo encontré sentado con la bolsa de cuero sobre las rodillas. Tenía el aire aterido y avergonzado de un niño tras una reprimenda. Me dijo que no había podido dormir y le dije que yo tampoco. Salimos a la calle y fuimos a un café. Nos sentamos al fondo de un pequeño saloncito oscuro y desierto con grandes

espejos en los que se podía leer CINZANO con grandes letras de pintura roja. En la sala de al lado estaban jugando al billar y oíamos las voces y los golpes de los tacos. Me dijo que no podía estar sin verme y que había pasado una noche espantosa pensando en todo el daño que me había hecho. No podía estar sin verme, decía, y además su madre acababa de morir y se sentía muy solo en aquella casa. No podía soportar la idea de no verme nunca más, le parecía que sus días iban a ser vacíos y fríos si no se podía encontrar conmigo. Yo le contesté que tenía a aquella mujer suya. Me replicó que aquella mujer se había portado muy mal con él en muchas ocasiones y que no había en su vida ni una sola cosa alegre, se sentía estúpido e inútil, como un tapón de corcho que flotaba sobre las olas.

No fui a San Remo. Francesca vino a buscarme y le dije que no quería ir. Se enfadó muchísimo: tiró todas las naranjas al suelo y también la maleta y se puso a darle patadas. La viuda del coronel se puso a dar golpes en la pared con el cepillo. Le dije a Francesca que si había una cosa en el mundo que no me apetecía hacer era ir a San Remo, le dije también que el mar me daba miedo con todas aquellas luces y colores violentos. Le dije que prefería quedarme sola en la habitación de aquella pensión mucho más que montarme en un tren y que cuando una está en un aprieto lo mejor que puede hacer es resolverlo sola en su lugar de toda la vida, que los lugares nuevos siempre le acaban haciendo daño a la gente que está en un aprieto. Me contestó: «Entonces resuélvelo tú sola y la próxima vez no se te ocurra llamarme de noche para que acuda a tu lecho de muerte porque tengo mejores cosas que hacer». Se puso su sombrerito a la turca y se miró un segundo en el espejo para ponerse el abrigo y alisárselo con la mano.

Cuando me preguntó si me quería casar con él le dije que sí. Eso sí, le pregunté cómo se las iba a apañar para vivir conmigo si estaba enamorado de otra mujer, y me contestó que si yo le quería a él y era valiente nos podíamos llevar muy bien juntos, que había muchos matrimonios así porque era muy difícil y extraordinario que se casaran dos personas que se quisieran el uno al otro. Yo todavía quería saber muchas cosas sobre lo que sentía por mí, pero no me animaba nunca a hablar con él de las cosas importantes porque siempre se aburría de buscar en el fondo de las cosas y las palabras y darle vueltas una y otra vez en todos los sentidos como hacía yo. Cuando intentaba hablar de

aquella mujer suya y le preguntaba si la veía de vez en cuando se le apagaban los ojos y la voz se le volvía como lejana y se limitaba a decirme que era una mujer muy cruel que le había hecho sufrir mucho y que no quería pensar en esas cosas.

Y así fue como me pidió que nos casáramos y seguimos viéndonos. Ahora me cogía de la mano y me besaba cuando nos quedábamos solos en el café o frente al río, pero nunca me decía claramente qué día ni qué mes nos íbamos a casar. Al final le dije que teníamos que ir a Maona para que hablara con mi padre. No tenía muchas ganas pero al final fue. Escribí una carta a mi madre en la que le decía que aquel sábado sacara el cubo de la basura de la cocina y preparara una buena comida porque iba a ir acompañada de una persona. Cogimos el tren correo en Porta Vittoria y él se puso a dibujar en su cuaderno a todas las personas que iban en el tren. Cuando llegamos a Maona mis padres estaban un poco sorprendidos y asustados, pero él enseguida dijo que quería hablar con mi padre y se encerraron los dos en el saloncito. Mi madre llevó un brasero encendido porque en el saloncito hacía frío. Cuando salió mi padre estaba muy contento y brindamos con vino de marsala, pero mi madre me llevó un poco aparte y se puso a llorar, me dijo que aquel hombre le parecía un poco viejo, que además era más bajo que yo y que apenas me llegaba a los hombros. Ella siempre había tenido la idea de que para llegar al matrimonio el hombre tenía que ser más alto que la mujer. Me preguntó si estaba segura de quererle, yo le contesté que sí y ella me llevó hasta su habitación para enseñarme las toallas y las sábanas que había estado preparando durante años para el día en que me casara. Alberto estuvo durante todo aquel día charlando en la cocina. Mi madre había sacado el cubo de la basura y había comprado dos saleros para que no hubiera que hacer como siempre: cogerla directamente del frasco. Cenamos y a continuación llegaron el veterinario y el concejal y mi padre les dijo que Alberto era mi novio. Alberto jugó una partida de ajedrez con el concejal y bebimos un poco más de marsala. Alberto regresó esa misma noche. Hizo muy buenas migas con el concejal y hasta le prometió enviarle unos sellos daneses que había en su casa porque el concejal coleccionaba sellos.

Aquella noche, cuando me desnudé y me metí en la cama en la que había dormido de pequeña me vino de pronto una especie de miedo y de repulsión al

pensar que dentro de poco íbamos a ser marido y mujer e íbamos a hacer el amor. Me decía a mí misma que a lo mejor era porque nunca había hecho el amor, pero me preguntaba también si le quería de verdad porque también sentía un poco de rechazo cuando me besaba. Me decía a mí misma que siempre es muy difícil saber verdaderamente lo que nos pasa por dentro, porque cuando me había dado la sensación de que él se alejaba de mi vida sin remedio yo había sufrido tanto que por un momento pensé que ya no iba a poder vivir más, y cuando por fin estaba dentro de mi vida y hablaba con mi padre y con mi madre sentía aquel miedo y aquel rechazo. Pensé que tal vez era algo que le pasaba a todas las mujeres jóvenes y que hace falta valor y si una se adentra en los pequeños senderos de sus sentimientos y pasa mucho tiempo escuchando las cosas que suceden en su interior al final se termina equivocando y perdiendo las ganas y la alegría de vivir.

Me quedé el domingo en Maona y mi padre fue al día siguiente a la ciudad a visitar al doctor Gaudenzi para preguntarle por Alberto. Cuando regresó esa noche estaba todavía más contento y me dijo que le hacía feliz que hubiese elegido un hombre hecho y derecho, distinto de los demás y bien situado socialmente. Mi madre lloraba y decía que el matrimonio es un misterio pero él le contestaba que era una tonta y que las mujeres siempre acaban encontrando algún pretexto para llorar.

Antes de casarnos, cuando íbamos al café o a dar un paseo él estaba a gusto conmigo y yo le gustaba aunque no me amara. Salía de casa para irme a buscar, salía incluso cuando llovía para estar conmigo. Me hacía retratos en su cuaderno y me escuchaba cuando le hablaba.

Pero cuando nos casamos ya no volvió a dibujar mi retrato. Dibujaba sobre todo animales y trenes. Le pregunté una vez si dibujaba tantos trenes porque tenía ganas de marcharse y él se puso a reír y me dijo que no, pero un mes después de la boda se marchó. Estuvo diez días fuera de casa. Le encontré una mañana haciendo la maleta. Me dijo que se iba con Augusto a hacer un viaje por los alrededores, a visitar de nuevo los lugares en los que había estado de joven holgazaneando por granjas. No me preguntó si me apetecía ir con ellos. Ni siquiera me habló, pero tampoco me sorprendió mucho porque

Augusto y él eran amigos desde la infancia y tenían una manera particular e íntima de estar juntos hablándose todo el tiempo en un lenguaje lleno de sobreentendidos que sólo podían utilizar ellos dos. Me había dicho también en una ocasión que yo no le caía muy simpática a Augusto. Se marchó. No me puse muy triste, pero sí pensé que tenía que encontrar la manera de que Augusto sintiese más simpatía por mí para poder ir con ellos de viaje la próxima vez. También a mí me gustaba visitar pueblos con encanto. Tal vez él creía que a mí no me gustaba o algo parecido.

Teníamos una criada de dieciséis años, hija de un zapatero de Maona. Se llamaba Gemma. Era muy simplona y se reía por la nariz de una manera que a mí me resultaba muy desagradable. Se le había metido en la cabeza que en casa había ratones pero yo no había visto nunca uno. Por la noche dormía con la cabeza metida bajo las mantas del miedo que le daba que salieran de debajo de la cama y la devoraran. Una de las veces que fue a Maona regresó con un gato. Le hablaba mientras limpiaba. El gato siempre se escapaba a la habitación en la que había muerto la vieja y a Gemma le daba miedo entrar porque tenía la sensación de que la vieja estaba encerrada en el armario y que le iba a saltar encima cuando entrara. Por eso se quedaba siempre en la puerta y le suplicaba al gato que saliera de ahí. El gato se echaba la siesta en el sillón y Gemma le llamaba desde la puerta y le ofrecía cortezas de queso. También yo iba con frecuencia a aquella habitación porque me agradaba imaginar que allí había estado la vieja y poder sentir su olor en los muros y en las polveras vacías y en las cortinas con borlas.

El estudio de Alberto estaba cerrado con llave. Lo cerraba siempre que salía y se guardaba la llave en la chaqueta. Le pregunté por qué hacía eso y me contestó que porque había un revólver cargado en uno de los cajones de su escritorio. El cajón no tenía cerradura y no podía cerrarlo, por eso prefería cerrar la habitación entera. Se puso a reír y me dijo que no quería que se me ocurriese de pronto alguna idea malvada. Me dijo que hacía ya muchos años que tenía en el cajón aquel revólver cargado, por si algún día le daban ganas de matarse o de matar a alguien. Era una vieja costumbre, más todavía, una especie de convicción supersticiosa. Me comentó que también Augusto tenía un revólver cargado en el cajón de su habitación.

Cuando se marchaba muchas veces me quedaba parada frente a la puerta

de aquella habitación. Pensaba que el revólver no era el verdadero motivo por el que cerraba con llave. A lo mejor había cartas o retratos. Me daba rabia no tener nada que ocultar. Le había contado toda mi vida. Había sido una vida de lo más mediocre e insulsa hasta el día en que le conocí. Había dejado que muriera todo lo que no tenía que ver con él. Había dejado de enseñar. A Francesca no la veía apenas. Desde que me negué a ir a San Remo se encontraba a disgusto conmigo. Me daba la sensación de que hacía un esfuerzo constante para no decirme algo desagradable. Yo habría preferido que me maltratara, como ya había hecho en una ocasión. En vez de eso era gélida y educada. Los Gaudenzi de cuando en cuando nos invitaban a cenar a su casa y eran muy amables con nosotros, decían que se sentían como los artífices de nuestra felicidad porque había conocido a Alberto en su casa, pero Alberto me decía que eran estúpidos y siempre estaba buscando excusas para no ir. Cuando venía Augusto a nuestra casa para cenar era todo lo contrario, estaba muy contento. Se quedaban los dos en su estudio y yo me iba a la cama porque Alberto me había dicho que Augusto se sentía incómodo conmigo.

Pocos días después de que se marchara me encontré a Augusto por la calle. Caminaba con el cuello del abrigo subido y las manos en los bolsillos. Por un instante me miró con aquella mirada suya, firme y desdeñosa. Me dio un escalofrío y no le dije nada, él me saludó con un movimiento leve y se alejó rápidamente. Y así fue como me enteré de que Alberto me había mentado, que no se había ido de viaje con Augusto. Volví a casa. Me senté junto a la estufa y el gato se me puso en las piernas. En ese momento pensé que nuestro matrimonio era un desastre. Nunca antes lo había pensado. Acariciaba el gato y miraba cómo se ponía el sol al otro lado de la ventana entre las hojas rojas. De pronto me di cuenta de que en aquella casa me sentía como si fuese una invitada. Ya no sentía que fuera mi casa y cuando paseaba por el jardín ya no pensaba que era mi jardín y cuando Gemma rompía un plato me sentía culpable incluso si Alberto no decía nada. Me parecía siempre que la vieja estaba escondida en algún armario e iba a saltar sobre mí para echarme de la casa, igual que a Gemma y al gato. Pero entonces dónde estaba mi casa. En Maona mi madre había llenado de patatas, botellas y botes de tomate en conserva el que había sido siempre mi cuarto. De pronto casi me daban ganas de estar de nuevo en mi habitación de la pensión con los gritos de la pava y la

tapicería de flores y cocerme todas las mañanas un huevo en el hornillo de gas.

Cené y me fui a la cama. Tenía frío y no conseguía dormir. Me chirriaban los dientes en la oscuridad. En aquella cama había hecho el amor por primera vez en nuestra noche de bodas. Luego estuvimos quince días en el lago. Sentía rechazo y vergüenza cuando me hacía el amor, pero me decía que aquello debía de pasarles a todas las mujeres jóvenes al principio. Me gustaba sentirle dormir a mi lado. Me sentía tranquila. Le dije cómo me sentía cuando hacía el amor y le pregunté si todas las mujeres sentían lo mismo. Me contestó que no tenía ni idea de qué diablos sentían las mujeres y que lo que sentía era deseos de tener un hijo porque aquello era lo más importante que le podía pasar a una mujer y también a un hombre. Me dijo que tenía que quitarme ese vicio de pensar tan obsesivamente en mis cosas.

Nunca me había imaginado que me pudiese mentir. Le había ayudado a hacer la maleta, le había metido una chaqueta de lana porque pensé que podía hacer frío en las granjas y en los hoteles rurales en los que decía que se iba a alojar. No había querido la chaqueta de lana y yo había insistido. Había salido de casa a toda prisa diciendo que Augusto le estaba esperando en el café de la estación.

Yo recordaba cómo hacíamos el amor, las palabras tiernas y temblorosas que me decía. Luego se quedaba dormido y sentía su respiración a mi lado en medio de la oscuridad. Me quedaba mucho tiempo despierta en la oscuridad, recordando todas las palabras que me había dicho. No me gustaba hacer el amor, pero me gustaba estar despierta en la oscuridad y repetirme todas aquellas palabras suyas.

No se había ido con Augusto, se había ido con aquella mujer. Ciertamente no era la primera vez que me mentía y ciertamente se habían encontrado ya otras veces antes de que decidiera casarse conmigo. Cuando decía que iba a la oficina a lo mejor iba a encontrarse con ella. Hacían el amor y tal vez le decía a ella las mismas palabras temblorosas que me decía a mí. Y luego se quedaba inmóvil a su lado y suspiraban los dos por el sufrimiento que les provocaba no poder estar siempre juntos. Aquella mujer estaba en la oscuridad, frente a mí, inmóvil. Bostezaba y se ponía las zapatillas con gesto indolente. Desaparecía y regresaba al cabo de un rato convertida en una mujer alta y masculina que

daba pasos largos y vigorosos con un perrito pequinés subido al cuello.

Alberto estuvo fuera diez días. Regresó una noche. Parecía muy cansado y de pésimo humor. Me dijo que quería un café muy caliente. Gemma se había acostado ya, de modo que se lo preparé yo. Se lo llevé a nuestra habitación. Bebía el café y me miraba. Ni siquiera me había dado un beso. Bebía el café despacio, mirándome fijamente. Le dije:

—No has estado con Augusto. ¿Con quién has estado?

Dejó la taza en la mesa y se levantó. Se pasó la mano entre los rizos y se agarró la cabeza con fuerza. Se quitó la chaqueta y la corbata y se sentó en la silla. Me contestó:

—Estoy cansado, tengo mucho sueño. No tengo ganas de hablar en este momento.

—Augusto se ha quedado aquí —le dije—, le vi en la calle. ¿Con quién has estado?

—Solo —contestó—, he estado solo.

Nos acostamos y apagué la luz.

—Ha sido lo menos parecido a un viaje agradable —se alzó de pronto su voz en medio de la oscuridad—. Habría sido mejor quedarme en casa. —Se acercó a mí, apretándose contra mi cuerpo—. No me preguntes nada —dijo—, te lo suplico. Estoy triste y muy cansado. Me gustaría que estuvieras callada y muy quieta. Me siento muy triste.

—¿Es una mujer cruel? —pregunté.

—Es una mujer desgraciada —dijo acariciando mi cuerpo muy despacio—, no es culpa suya si hace sufrir. —Me empezaron a caer por el rostro unas lágrimas mudas y calientes. Me tocó el rostro con la mano y se apretó contra mí todavía con más fuerza—. Un viaje infernal —dijo, y a continuación le sentí reír por lo bajo—. No me preguntes nada. Nunca me preguntes nada, jamás. Eres lo único que tengo. Recuérdalo.

Tenía la cara apoyada en mi hombro. Le toqué con la mano aquellos rizos suyos y aquel rostro delgado y caliente. Hicimos el amor. Aquélla fue la primera vez que no me produjo rechazo.

A los pocos meses se volvió a marchar. No me preguntó nada. Estaba

haciendo la maleta en la habitación y vi que metía un volumen de poesías de Rilke. A mí también me leía a Rilke a veces, por la noche. Se marchó. Me dijo: «Regresaré dentro de dos semanas». Cerró con llave la puerta de su estudio, como siempre. Nunca se olvidaba de cerrarla. Le sonreí cuando se marchaba.

Todavía tenía aquella sonrisa en los labios cuando subí por las escaleras y cuando entré en la habitación. Intenté que aquella sonrisa permaneciera incluso un poco más sobre mi rostro. Me senté frente al espejo y me cepillé el pelo mirándome fijamente con aquella estúpida sonrisa. Estaba embarazada y tenía la cara gorda y pálida. Las cartas que le escribía a mi madre tenían también aquella estúpida sonrisa que ocupaba en ese momento mi cara. No fui a Maona porque me daban miedo las preguntas que me habría hecho mi madre.

«Eres lo único que tengo. Recuérdalo». Lo había recordado. Aquellas palabras me habían ayudado un poco a vivir todos los días, como un hueso de ciruela chupado demasiado tiempo. No le preguntaba nada. Regresaba tarde por la noche a casa y nunca le preguntaba qué había estado haciendo. Le había estado esperando durante tanto tiempo que hasta el silencio se había acabado volviendo denso en mi interior. Trataba inútilmente de encontrar algo que contarle para que no se aburriera de mí. Intentaba encontrar cosas graciosas y divertidas. Hacía punto bajo la lámpara y él leía el periódico agarrándose la cabeza con fuerza. De cuando en cuando dibujaba algo en su cuaderno, pero ya nunca me hacía retratos. Dibujaba trenes y caballos. Hacía pequeños caballos al galope con la cola al viento. Y ahora que teníamos un gato dibujaba también gatos y ratones. Le dije que hiciera un gato con su cara y un ratón con la mía. Se puso a reír y luego me preguntó por qué. Yo le contesté que nos veía así a nosotros dos. Rió otra vez y me dijo que yo no tenía nada de ratón. Me dibujó un gato con su cara y un ratón con la mía. El ratón tenía una cara asustada y abatida y el gato era negro y feroz y estaba dibujando en un cuaderno.

Cuando se marchó la segunda vez, esa misma noche, vino Augusto a verme. Se quedó toda la noche. Me dijo que cuando Alberto se había marchado le había pedido que me hiciera compañía durante el tiempo que él no estuviera. Me quedé tan sorprendida que no supe ni qué decirle. Se quedó allí sentado delante de mí con la pipa encendida entre los dientes y una espantosa bufanda de lana gris enroscada al cuello. Me miraba fijamente y en

silencio con aquella cara suya grande y vigorosa y aquel bigote negro. Le pregunté entonces si era cierto que le resultaba antipática. Se puso rojo como un tomate y un segundo después estábamos riéndonos los dos. Y así fue como nos hicimos un poco amigos. Hay tantas veces que basta con decir una frase para arreglar las cosas entre dos personas que no saben cómo hablarse... Luego empezamos a tutearnos porque me dijo que no se atrevía a hablar cuando tenía que dirigirse a alguien de usted. Me dijo que en líneas generales todo el mundo le resultaba antipático y que en toda su vida la única persona que había conocido que le resultaba verdaderamente simpática era él mismo. Me dijo que cuando estaba de mal humor se miraba en el espejo y se sonreía un poco y que aquello le ponía alegre de inmediato. Le dije que yo también me sonreía a mí misma en el espejo pero que a mí no me servía de nada. Me preguntó si estaba de mal humor con frecuencia y le dije:

—Sí, con frecuencia.

Estaba frente a mí con la pipa entre los dientes y de cuando en cuando echaba humo entre los labios cerrados.

—Augusto —le dije—, ¿cómo es esa mujer?

—¿Mujer? —dijo—. ¿Qué mujer?

—La mujer con la que Alberto se va de viaje.

—Escucha —me dijo—, no sirve de nada que hablemos de eso. No me parece justo que hablemos nosotros dos.

—No sé nada de ella —le dije—, ni siquiera sé cómo se llama y me mata por dentro la curiosidad de saber qué cara tiene.

—Se llama Giovanna —me dijo—. Una cara normal, no tiene nada de extraordinario.

—¿No es muy guapa? —pregunté.

—Y yo qué sé —dijo—. Yo no entiendo nada de belleza. Creo que sí, que es más o menos guapa si se le suma todo. O al menos lo fue una vez, cuando era joven.

—¿Es que ahora ya no es tan joven?

—No tanto —dijo—, pero ¿de qué sirve que hablemos de eso tú y yo?

—Por puro placer —le dije—, me gustaría hablar contigo alguna vez. Me canso de estar pensando siempre sola, no sé nada de ella, ni siquiera sabía que se llama Giovanna. Por eso siempre tengo la sensación de estar en medio de la

oscuridad, como si fuese ciega y para avanzar tuviese que ir tocando las paredes y los objetos.

Se me cayó el ovillo y él se agachó a recogerlo. Me preguntó:

—¿Cómo diablos os casasteis vosotros dos?

—Sí —respondí—, me equivoqué. No tenía muchas ganas pero tampoco lo pensamos mucho. A él no le gusta pensar demasiado en las cosas importantes y odia a la gente que se obsesiona demasiado con sus cosas y que se esfuerza en encontrar una manera de vivir más apropiada. Cuando me ve parada y en silencio enciende un cigarrillo y se marcha. Me casé con él porque quería saber siempre dónde estaba. Él sabe siempre dónde estoy yo. Sabe que estoy aquí y que le espero, pero yo no sé dónde está él. No es mi marido. Un marido es una persona de la que una sabe siempre dónde está. Una persona que cuando te preguntan «¿Dónde está?» puedes responder siempre enseguida y sin temor a equivocarte, pero yo ahora ni siquiera puedo salir de casa del miedo que me da encontrarme con alguien y que me pregunte «¿Dónde está?». ¿Me entiendes? Ni siquiera sabría qué responder. Puede que todo esto te parezca una tontería —le dije—, pero a mí me avergüenza y por eso no salgo de casa.

Me dijo:

—¿Cómo es que os casasteis? ¿Cómo os dio por ahí?

Yo me puse a llorar y él me dijo:

—Bonita tontería habéis hecho.

Aspiraba el humo de la pipa y me miraba en silencio. Parecía estar negándose a sí mismo la posibilidad de sentir piedad de mí con aquella cara suya, profunda y testaruda. Le dije:

—Augusto, ¿dónde está Alberto? ¿Dónde está ahora?

—No lo sé —respondió—. Buenas noches, me tengo que marchar. —Cogió su sombrero, que estaba sobre la silla, y vació la pipa en el cenicero con ayuda de una cerilla. Se quedó frente a la puerta con aquella planta suya enorme y solitaria. Me dijo—: No puedo hacer nada, de verdad. Buenas noches.

No pude dormir en toda la noche. Fantaseaba con la idea de que Augusto se enamoraba de mí y se convertía en mi amante. Yo iba a encontrarme con él todos los días a un hotel de la ciudad, volvía muy tarde a casa y Alberto me esperaba y me miraba con angustia tratando de adivinar dónde había estado.

Pero cuando Augusto volvió otro día le miré y me dio vergüenza haber estado pensando esas cosas. Me recogía el ovillo cuando se me caía, rellenaba la pipa y la encendía y la vaciaba en el cenicero con ayuda de una cerilla mientras caminaba arriba y abajo por la alfombra y yo me imaginaba cómo habríamos hecho el amor en la habitación de un hotel y me ponía roja de vergüenza. Pero no tenía ninguna pinta de estar enamorado de mí y yo no tenía ganas de hacer el amor con él. No le hablé más de Alberto y de mí, y como él tampoco hablaba ni sabíamos de qué otra cosa hablar, me aburría y me daba la sensación de que él también se aburría. Aun así estaba contenta de que nos hubiésemos hecho un poco amigos. Cuando Alberto volvió a casa lo primero que le conté era que nos habíamos hecho un poco amigos. No respondió nada, no tenía pinta de estar muy contento. Gritó y se enfureció en el baño porque el agua no estaba lo bastante caliente y no encontraba su peine de la barba y otras cosas que buscaba. Cuando salió del baño se había afeitado y encendió un cigarrillo le pregunté si aquel viaje había ido mejor que el otro. Me respondió que había sido un viaje como otro cualquiera, que no merecía la pena ni siquiera hablar del tema, había tenido que ir a Roma a resolver unas cuestiones. Le dije que por favor no se volviera a marchar hasta que no hubiese nacido el niño porque me daba miedo ponerme mala por la noche y si estaba sola podía acabar teniendo complicaciones. Me respondió que no era la primera mujer del mundo que tenía un niño y que iba lista si tenía todos esos miedos. No nos dijimos nada más. Yo lloré un poco haciendo punto y él salió de la habitación dando un portazo.

Por la noche vino Augusto y yo le hice pasar al saloncito. Alberto volvió a decir que había estado en Roma resolviendo ciertas cuestiones y le dio las gracias por haberme ido a ver de vez en cuando. Después de un rato Gemma me llamó a la cocina para enseñarme la lista de la compra y cuando volví al salón se habían marchado los dos. Un segundo más tarde les oí charlando en el estudio. Pensé si debía ir allí con ellos o si me tenía que quedar en el salón. Yo quería ir pero no me decidía del todo y al final pensé que no tenía nada de extraño y fui. Cogí mi labor y traté de entrar en el estudio pero me encontré con que habían cerrado la puerta con llave. Escuché que Alberto decía:

—Sí, es inútil.

¿Qué es lo que era inútil? Me senté en el salón y empecé a contar los

puntos. Me sentía cansada y pesada, el niño se movía en mi interior y pensé que deseaba morir con aquel niño dentro para dejar de sentir aquella angustia y no volver a sentir ya nada.

Me fui a la cama, me quedé adormilada y me desperté cuando Alberto vino a verme. Le dije:

—No tengo miedo, me gustaría morir con el niño.

Y él me dijo:

—Anda, duérmete y deja de decir tonterías. No quiero que te mueras.

Yo le contesté:

—A ti te da igual si me muero. Tienes a Augusto y a Giovanna. No te hago ninguna falta. Ni siquiera tienes ganas de tener un hijo, ¿para qué podrías querer tú un niño? Ya eres viejo y has estado todos estos años sin tener hijos, estabas bien y no sentías ningún deseo de tenerlos.

Se puso a reír y me dijo:

—Tampoco soy tan viejo, tengo cuarenta y cuatro años.

—Pero eres muy viejo —le dije—, tienes todo el pelo canoso, has estado cuarenta y cuatro años sin tener hijos, ¿para qué podrías querer tú un niño? Ya es demasiado tarde para que te acostumbres al llanto de un niño en la casa.

—Te suplico que dejes de decir tonterías —me dijo—, sabes que deseo mucho que nazca nuestro hijo.

—¿Por qué no le has hecho un hijo a Giovanna?

Dio un gran suspiro en la oscuridad y me dijo:

—Te pido que no me hables más de esa persona.

Me incorporé entonces para sentarme sobre la cama.

—No digas «esa persona», di Giovanna.

—Como quieras —respondió.

—Di Giovanna.

—Giovanna.

—¿Por qué nunca se os ocurrió tener un hijo juntos?

—Porque no creo que le hubiese gustado tener un hijo conmigo.

—¿No? ¿Es que ya no te quiere?

—No, no creo que me quiera.

—Yo tampoco te quiero, es imposible quererte. ¿Y sabes por qué? Porque no tienes valor para ir hasta el fondo de las cosas. No eres más que un tapón

de corcho, eso es lo que eres. Nadie te quiere porque tú no quieres a nadie.

—¿Tú no me quieres? —me preguntó.

—No.

—¿Hace cuánto tiempo que no me quieres?

—No lo sé, desde hace ya tiempo.

Le sentí suspirar otra vez, me dijo:

—Eso es una desgracia tremenda.

—Alberto —le dije—, dime dónde has estado todos estos días.

—He estado en Roma resolviendo unas cuestiones.

—¿Solo o con Giovanna?

—Solo.

—Júralo.

—No tengo ganas de jurar nada —contestó.

—Porque no es cierto. Has estado con Giovanna. Dime dónde. ¿En el lago? ¿Habéis ido al lago?

Encendió la luz y se puso de pie. Cogió una manta del armario y me dijo:

—Me voy a dormir al estudio, descansaremos mejor los dos.

Ahí estaba en medio de la habitación con la manta bajo el brazo, pequeño y grácil con su pijama azul arrugado, el pelo despeinado y la mirada llena de cansancio y angustia. Me puse a llorar. Le dije:

—No, Alberto, no quiero que te vayas, no quiero que te vayas. —Lloraba y temblaba tanto que Alberto se sentó en la cama y empezó a acariciarme el pelo. Yo le agarré una mano y se la besé—. No es verdad que no te quiera —dije—, claro que te quiero, ¿cómo puedes no darte cuenta? Jamás podría estar con otro hombre. Nunca podría hacer el amor ni con Augusto ni con ningún otro hombre. Me gusta hacer el amor contigo. Soy tu mujer. Siempre que te vas te espero. No pienso en otra cosa, no soy capaz de pensar en otra cosa, me vuelvo idiota poco a poco. No me gusta volverme idiota pero no tengo la culpa. Recuerdo todas las cosas que hemos vivido juntos desde el primer día hasta el último. Estoy contenta de ser tu mujer.

—Entonces está todo bien —dijo, cogió la manta y se marchó al estudio.

Durante mucho tiempo no volvimos a dormir juntos.

Cuando salí del bar ya estaba oscuro. Ya no llovía pero las baldosas de la calle todavía estaban húmedas de lluvia. En ese momento me di cuenta de lo cansadísima que estaba, era como si me ardieran las rodillas. Aun así seguí paseando todavía un rato por la ciudad y luego cogí un tranvía y me bajé frente a la casa de Francesca. Las ventanas del salón estaban iluminadas y vi a la sirvienta con una bandeja, entonces recordé que era miércoles. El miércoles es el día que Francesca suele recibir a sus amigos. De modo que me fui de allí. Empecé a caminar de nuevo. Sentía los pies cansados y pesados y tenía un agujero en la media del pie derecho. Me hacía daño el roce del zapato a través del agujero de la media. Pensé que iba a tener que regresar a casa antes o después. Me vino un escalofrío parecido a una náusea. Regresé al jardín público, me senté en uno de los bancos y saqué el pie del zapato para mirar el punto en el que me estaba haciendo daño con el agujero de la media. La media estaba enrollada e hinchada, se me había metido una piedrecita y me había acabado haciendo una herida, sangraba. Las parejas se besaban apasionadamente en los bancos y entre la penumbra de los árboles se veía a un viejo durmiendo en el suelo bajo una manta de color verde. Cerré los ojos y pensé en aquellas tardes que sacaba a pasear a la niña por el jardín público y ella caminaba despacito y le daba tazas de té con leche que llevaba conmigo en el termo, dentro de la bolsa. Tenía una bolsa en forma de saco donde metía todas las cosas de la niña, las toallitas de papel y la esponjita y también algunos caramelos blandos con pasas de moscatel que me mandaba mi madre desde Maona y que tanto le gustaban. Eran tardes largas y yo las pasaba enteras paseando despacito con la niña en el jardín público, me daba la vuelta y la veía venir con su gorro de terciopelo bordado y su abrigo con botones también de terciopelo y los pantalones blancos. Francesca le había regalado un camello al que se le movía la cabeza al caminar. Era muy bonito y tenía una silla de pana roja recamada de oro. Movía la cabeza con un aire bondadoso y distinguido. A cada instante la niña se enganchaba en cualquier lugar y se caía. Entre los árboles caminábamos más rápido bajo aquel sol tibio y un poco húmedo y a la niña se le caían los guantes y yo me inclinaba para recogerlos y ponérselos en las manos y le limpiaba la nariz con un pañuelito y la cogía en

brazos cuando se cansaba.

Pensé que iría a casa a pasar la noche y después a la comisaría, a la mañana siguiente. No sabía exactamente dónde estaba la comisaría pero tenía pensado buscar la dirección en la guía telefónica. Iba a tener que pedirles que me dejaran contarlo todo, desde el primer día, porque había algunos detalles que parecían banales y que sin embargo tenían gran importancia. Iba a ser un trámite un poco largo pero tenían que dejarme hablar. Intentaba imaginar la cara del hombre que me iba a escuchar, pensé que sería una cara cetrina con bigotes y que me escucharía desde el otro lado de la mesa. De nuevo me dio un escalofrío y también ganas de llamar a Augusto y Francesca para pedirles que fueran ellos a la comisaría o que escribieran una carta a la comisaría y quedarme en casa esperando a que alguien me viniera a buscar y me llevase. Después de eso me meterían en prisión pero esto no llegaba a pensarlo. Estaba la comisaría y el hombre con la cara cetrina, grande y lúcida tras la mesa, cuando se reía me daba un escalofrío pero después se esfumaba, días y días y años se precipitaban sordos como si estuvieran fuera de mi vida y no tuvieran ninguna conexión con los días y los años de aquella vida mía en la que había tenido una niña y en la que habían estado Alberto y Giovanna y Augusto y Francesca y Gemma y el gato y Maona y mi padre y mi madre. Que yo fuera o no fuera a prisión era algo que ni siquiera contaba porque lo que contaba ya había sucedido, y eso era cuando le había disparado Alberto y le había visto caer con todo el cuerpo sobre la mesa y había cerrado los ojos y yo había salido de la habitación.

La niña nació a las tres de la tarde del 11 de enero hace ya tres años. Estuve gritando dos días enteros en bata por toda la casa y Alberto iba siempre detrás de mí con una cara muy asustada. Vino el doctor Gaudenzi y una comadrona muy antipática y joven que llamaba «papaíto» a Alberto. La comadrona se puso a discutir con Gemma en la cocina porque decía que las botellas no estaban lo bastante limpias. Hacían falta muchas botellas para el agua esterilizada y Gemma estaba muy asustada porque me oía gritar y además durante esos días tenía un orzuelo y no entendía nada. Hasta vinieron mi padre y mi madre. Yo iba por toda la casa diciendo cosas sin sentido, decía que

tenían que ayudarme a acabar de una vez con lo de aquel maldito niño. Luego me metí en la cama y tuve un sueño horrible, me adormecí un segundo pero me desperté enseguida con aquel dolor espantoso y grité y la comadrona me dijo que se me iba a salir la garganta si seguía gritando de esa manera. Me había olvidado del niño. Hasta me había olvidado de Alberto. Lo único que deseaba era dormir y que se acabara cuanto antes aquel sufrimiento. No quería morir, quería vivir y tenía mucho miedo de morir, le preguntaba a todo el mundo cuándo me iba a dejar de doler. Pero duró todavía mucho más tiempo y la comadrona iba y venía con sus botellas y mi madre lloraba bajito vestida de negro en una esquina de la habitación y Alberto me agarraba de la mano pero yo no quería que me agarrara de la mano y mordía las sábanas y me esforzaba para no tener el niño porque había olvidado todo lo que no fuera echar fuera de mi vientre aquel dolor que tenía.

Y así fue como nació la niña y de un segundo a otro dejé de sentir dolor. Levanté la cabeza para mirar a la niña que ya lloraba toda roja y desnuda entre mis piernas y Alberto se inclinó sobre mí con la cara llena de alivio y alegría y de pronto me sentí tan feliz como no lo había estado en toda mi vida sin aquel dolor en el interior de mi cuerpo y con una increíble sensación de alegría y de paz.

Mi madre me acercó a la niña y la puso a mi lado en la cama, estaba envuelta en un chal blanco y del interior del chal salían sus puñitos cerrados, rojos y fríos y su pequeña cabeza húmeda y desnuda. Vi la cara de Gemma, que se inclinaba sobre mí y que tenía una sonrisa enorme y también mi madre tenía aquella misma sonrisa enorme y el llanto débil de la niña que provenía del interior de aquel chal hacía que se me encogiera el cuerpo de emoción y alegría.

Todos me decían que tenía que descansar pero yo ya no tenía ganas de descansar y hablaba y hablaba y comentaba cómo era la niña y describía cómo era su nariz y su frente y su boca. Cerraron los postigos y se marcharon llevándose con ellos a la niña. El único que se quedó conmigo fue Alberto. Estuvimos riéndonos juntos un rato de Gemma porque le había salido aquel orzuelo y también de la comadrona que había estado llamando todo el rato «papaíto» a Alberto. Me preguntó si todavía quería morir y yo le contesté que de eso nada, que ya no quería morir, que todo lo contrario, le dije que me

apetecía muchísimo beber un zumo de naranja. Fue a prepararme un zumo y regresó con un vaso muy grande en una bandeja y me sostuvo la cabeza mientras bebía y me besó en el pelo.

Los primeros días la niña era muy fea. Alberto la llamaba «el sapito». Cuando volvía a casa lo primero que preguntaba era: «¿Cómo está el sapito?». Y luego se iba a mirarla dentro de la cuna y se quedaba allí mirándola con las manos en los bolsillos y hasta compró una cámara de fotos para hacerle fotografías cuando se volviese un poco más guapa. Mi madre y mi padre regresaron a casa después de unos días y mi madre estaba muy contenta y cuando salían por la puerta me preguntó si estaba contenta y yo le dije que sí. Me envió desde Maona un paquete enorme lleno de ropita de lana para la niña y también un par de calcetines que le había hecho a Alberto mientras que mi padre le envió dos botellas de vino porque estaban contentos y creían que iba todo bien. Mi madre me escribió una carta en la que me decía que tenía que estar pendiente de que Alberto no se cansase demasiado en el trabajo porque le veía muy delgado y comía poco y que tenía que apañármelas como pudiera para que la niña le dejara dormir por la noche. A lo mejor mi madre pensaba que habíamos vuelto a dormir juntos desde que había nacido la niña pero lo cierto era que dormía en el estudio desde aquella noche que regresó de su viaje y yo dormía con la cuna de la niña junto a la cama. No dormía bien porque a cada rato me despertaba para mirar si la niña dormía o si tenía frío o demasiado calor o si respiraba con calma. Más tarde, a los pocos meses de nacer, la niña se volvió muy mala y a cada minuto se despertaba y se ponía a gritar y yo tenía que levantarme y acunarla. Siempre tenía miedo de que Alberto la escuchara llorar incluso desde allí, desde el estudio, así que me levantaba a toda prisa y la cogía en brazos y la acunaba paseando arriba y abajo por la habitación cantándole en voz baja. Y así fue como se fue volviendo cada vez más mala y más nerviosa, porque le gustaba que la acunaran, se adormecía entre mis brazos y parecía realmente dormida con los ojos cerrados y la respiración tranquila pero en cuanto volvía a posarla en la cuna se ponía a gritar otra vez. Durante todo el día yo estaba muerta de sueño. Tenía poca leche y por eso me forzaba a comer y a comer y engordé mucho pero la niña seguía siempre delgada y cuando la sacaba de paseo en el carrito miraba a los otros niños pequeños en sus carritos y preguntaba a la gente

cuántos meses tenían y cuánto pesaban y me avergonzaba de que mi niña no estuviese gorda y fuerte como loá demás. Me empeñaba en pesarla después de cada toma y todos los sábados la pesaba desnuda antes del baño y tenía un cuadernito en el que escribía con tinta roja el peso global de toda la semana y con tinta verde el peso después de cada una de las tomas y todos los sábados me despertaba con mucho sofoco esperando que hubiese crecido por fin, pero crecía poco y hasta había sábados en los que me desesperaba porque no había crecido absolutamente nada. Pero Alberto se enfadaba conmigo cuando me desesperaba y me decía que él también había sido muy delgado de niño y se burlaba de mí por lo del cuadernito y por la forma en la que me temblaban las manos cuando vestía y desvestía a la niña y por cómo desperdiciaba los polvos de talco y me volvía loca cuando gritaba la niña. Hizo un dibujo de mí con la boca llena de imperdibles y con aspecto asustado y preocupado y el cinturón de la bata desatado y arrastrándolo por el suelo y el pelo bajo una redecilla como lo llevaba entonces porque no tenía ganas de peinarme bien. Yo no dejaba que Gemma tocase a la niña y hasta me daba un poco de asco cuando se inclinaba sobre la cuna para hacerle monerías y le agitaba el sonajero con aquellas manos suyas siempre rojas y mojadas. Y ni siquiera cuando entraba Augusto en la habitación para ver a la niña estaba muy contenta porque me daba miedo que trajese alguna enfermedad de la calle y como él vivía con una hermana suya que también tenía un niño me daba miedo de que ese niño tuviese la tos ferina o el sarampión y luego me avergonzaba de haber pensado que Augusto traía esas enfermedades porque el propio Augusto me había dicho que el hijo de su hermana estaba muy gordo y muy sano.

Cuando la niña cumplió dos o tres meses Alberto empezó a hacerle fotografías, la fotografiaba en la bañera y tumbada sobre la mesa y con el gorrito y sin el gorrito y durante una época le divirtió tanto que hasta llegó a comprar otra cámara de fotos más moderna y un álbum enorme con la cubierta llena de flores en el que iba pegando con cuidado todas aquellas fotografías en orden cronológico y escribía debajo la fecha en tinta roja y hasta algunas pequeñas frases. Pero al poco rato se aburrió de hacer fotografías porque él era un hombre que siempre se acababa aburriendo de todo. Y uno de aquellos días me dijo que iba a hacer un pequeño viaje para distraerse y para ver a unos amigos que tenían una villa junto a un lago y cuando estaba haciendo la

maleta vi cómo metía las poesías de Rilke. Y así fue como se marchó, después de cerrar con llave el estudio, porque de eso no se olvidaba nunca, y mientras tanto yo me quedé mirando el álbum con las fotografías encima de la mesa del salón pensando cómo se había ido cansando poco a poco de hacer fotografías y el álbum se había quedado vacío a la mitad. Me daba pena ver todas aquellas páginas vacías y negras del álbum. La última fotografía era una de la niña con el sonajero y debajo, escrito con tinta roja, «Empezamos a jugar». Pensé entonces que si había algo de lo que no se había cansado en toda la vida era de Giovanna porque estaba segura de que era con ella con quien se había ido al lago y a quien leía poesías de Rilke los dos juntos sentados en uno de los bancos que había junto a la ribera. Conmigo se cansó muy rápido de leer a Rilke, por la noche leía el periódico o algún libro sin comentar nada, agarrándose la cabeza con fuerza o hurgándose entre los dientes con un palillo y jamás me decía nada ni de lo que leía ni de lo que pensaba. Me preguntaba si era culpa mía, pero recordaba que cuando me leía a Rilke le decía que eran unos versos muy bonitos a pesar de que siempre me aburrían un poco. Pensaba qué era lo que hacía Giovanna para tenerle así de atado, tal vez no le hacía saber nunca que le quería y en vez de eso le atormentaba y le engañaba, por eso él nunca tenía paz y no conseguía olvidarse de ella ni por un segundo. Fui a mirar a la niña a la cuna y sentí lástima por ella porque la única persona en el mundo que la quería de verdad era yo. Pero luego la cogí en brazos para darle el pecho y me desabroché el vestido pensando que cuando una mujer tiene a su hijo entre los brazos el resto del mundo no debería importarle nada.

La niña tenía seis meses cuando empecé a destetarla. Le preparaba unas papillas de harina de arroz, pero no le gustaban demasiado. Adelgazó todavía más y lloraba mucho y no digería bien. El doctor Gaudenzi era muy amable y venía a menudo verla pero muchas veces se impacientaba conmigo porque decía que era demasiado impresionable y que nunca estaba tranquila. Y la verdad es que era cierto que nunca estaba tranquila y me asustaba tremendamente cada vez que la niña tenía fiebre y como no entendía nada le ponía el termómetro y leía un libro en el que aparecían todas las enfermedades que podía tener y dejaba de peinarme y de comer y me pasaba en vela toda la noche. Si la niña tenía fiebre me ponía hecha una furia y le gritaba a Gemma sin motivo como si todo fuese por su culpa, pero en cuanto se le pasaba la

fiebre poco a poco recobraba la sensatez y me daba vergüenza por Gemma porque le había gritado y entonces la llamaba y le hacía algún regalo. Me daban ganas de no ver a la niña durante un tiempo. Me daba de pronto una especie de repugnancia por todas las cosas que tenían que ver con ella, el sonajero y el bote con los polvos de talco, los pañales, que casi siempre estaban sobre las sillas, y me apetecía irme al cine con mis amigas o leer una novela. Pero no tenía amigas y si abría una novela me cansaba enseguida y regresaba a aquel libro en el que estaban escritas todas las cosas que debían comer los niños pequeños y todas las enfermedades que podían tener.

Una tarde mientras preparaba la harina de arroz de pronto se presentó Francesca. No llevaba sombrero y estaba sin maquillar. Llevaba puesto un impermeable sobre un vestido negro y tenía un aire amenazador con un mechón de pelo que le caía sobre los ojos. Me preguntó si podía dormir en mi casa porque se había peleado con su madre. Le dije a Gemma que le preparase la cama en el diván del salón. Se sentó y se me quedó mirando fijamente mientras le daba la papilla a la niña, la niña como siempre escupía cada cucharada y Francesca fumaba y no dejaba de mirar.

—No podría soportar un niño —dijo—, el día que tenga un niño lo primero que haré será suicidarme.

Alberto estaba en el estudio. Fui a decirle que había venido Francesca y que dormiría en casa con nosotros porque le había pasado una cosa.

—Está bien —dijo. Estaba leyendo un libro alemán sobre Carlos V y hacía anotaciones a mano en los márgenes de la página.

Acosté a la niña. Francesca estaba en el salón y fumaba recostada sobre el diván. Tenía un aire como si aquel salón hubiese sido su habitación durante toda la vida. Se había quitado las ligas y las había dejado en el espaldar del sillón. Tiró la ceniza sobre la alfombra. Me dijo:

—¿Sabes que te está poniendo los cuernos?

—Sí, lo sé —dije.

—¿Y no te molesta?

—No.

—Plántale —dijo—, vámonos de viaje. Ese hombre es un esperpento. ¿Qué te pasa?

—Le quiero —dije— y tenemos a la niña.

—Pero te pone los cuernos. Te pone alegremente los cuernos con otra. De cuando en cuando me los encuentro. Tiene el Culo como una coliflor y además no es nada guapa.

—Es Giovanna —dije yo.

—Plántale —respondió—, qué te importa a ti.

—La has visto —dije—, ¿cómo es?

—Mmmm —dijo—, no sabe vestirse. Caminan juntos muy despacio, muy despacio. Les veo a menudo.

—¿Por qué como una coliflor? —pregunté.

—Como una coliflor —dijo—, redondo. Lo mueve al caminar. ¿Y a ti qué diablos te importa? —Se desnudó y se puso a caminar por el salón. Cerré la puerta con llave—. ¿Te da miedo que me vea? —me dijo—. ¿Te da miedo que me vea ese esperpento? Déjame un camisón para dormir.

Le llevé un camisón y se lo puso.

—Oye, bailo aquí dentro, qué gorda estás.

—Adelgazaré ahora que he destetado a la niña.

—Yo no quiero niños —dijo—, no me quiero casar. ¿Sabes por qué me he peleado con mi madre? Porque desde hace meses se le ha metido en la cabeza que me tengo que casar con un fulano. Un fulano de una compañía de transportes. Siempre están buscándome a alguien. Ya basta. Yo no vuelvo a casa. Alquilaré una habitación y me buscaré un trabajo, ya he tenido suficiente familia. Imagínate las ganas que tengo encima de tener un marido. Para que me ponga los cuernos como a ti. Menudo plan. Me gusta acostarme con hombres pero me gusta cambiar. Después de un par de veces ya tengo suficiente.

Yo la miraba y la escuchaba asustada.

—¿Has tenido amantes? —pregunté.

—Sí, claro —dijo, y se puso a reír—. ¿Te asusta?

—No —dije—, pero no lo entiendo bien.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Cómo se puede cambiar tanto.

—¿No lo entiendes?

—No.

—He tenido muchos amantes —dijo—, el primero fue uno en Roma cuando estaba en el curso de teatro. Me pidió que me casara con él y corté

enseguida. Después de un par de veces ya no lo podía soportar. Habría acabado tirándolo por la ventana. Pero en esa época me daba mucho miedo lo que estaba haciendo. Me preguntaba: ¿quién diablos soy? ¿Es que soy una puta y por eso me gusta tanto cambiar? Cuando una es joven las palabras pueden dar mucho miedo. En esa época hasta yo misma creía que también quería un marido y una vida como la del resto de las mujeres. Pero poco a poco fui comprendiendo que no merece la pena tomarse las cosas tan dramáticamente. Tenemos que aceptarnos como somos.

—También los otros tienen que aceptar las cosas como son —dije yo—, también yo tengo que aceptar a Alberto como es. Y, además, mí no me gusta cambiar.

Ella se echó a reír y me dio un beso.

—¿Crees que soy una guarra? —preguntó.

—No, no lo eres —le dije—, pero cuando seas vieja estarás sola.

—¿Y qué diablos me importa eso ahora? Cuando tenga cuarenta años me suicidaré. O tal vez para esa época tú ya habrás plantado a ese esperpento y nos vayamos a vivir juntas.

Le di un beso y me marché a mi habitación. Me sentía confusa y pensaba demasiadas cosas a la vez. Me venían a la mente demasiadas palabras al mismo tiempo: *esperpento* y *coliflor* y *puta* y *guarra* y *aceptarse a una misma* y *a los otros* y *suicidarse*. Veía a Alberto y a Giovanna caminando juntos despacio muy despacio por la calle, igual que caminaba a mi lado cuando todavía no nos habíamos casado. Ahora ya no salíamos nunca a pasear. Me acosté. Tenía muchísimas ganas de ir al estudio y tumbarme a su lado en la cama. Tenía ganas de apoyar mi cara en su espalda y de preguntarle por qué ya no salíamos a pasear juntos. Y tenía ganas de decirle que a mí no me gustaba cambiar, pero no me atrevía a ir al estudio y me daba vergüenza que pensara que había ido para hacer el amor, así que me quedé allí quieta esperando que me viniera el sueño.

Francesca se quedó veinte días con nosotros. Yo estaba contenta y me hacía bien hablar con ella. Ya no sentía tanto miedo cuando la niña tenía diarrea y ella se burlaba de mí cuando me asustaba, pero de un modo que me hacía bien. De vez en cuando me convencía para que le dejara la niña a Gemma y nos íbamos al cine ella y yo. Era agradable levantarse por la mañana

y encontrarse a Francesca en casa con un camisón grande de raso blanco y la cara cubierta de crema y estar charlando hasta la hora de comer. Era un gran alivio poder hablar con ella. Y así fue como me di cuenta de lo poco que hablaba con Alberto, cada vez nos decíamos menos cosas cuando estábamos juntos y cada vez le confesaba menos lo que sentía por dentro. Siempre que estaba en casa se encerraba en el estudio donde había un desorden tremendo porque no nos dejaba que entráramos a ordenar las cosas. Gemma le hacía la cama y barría delante de él y él la hacía salir de inmediato. No le estaba permitido tocar nada que hubiera sobre la mesa ni en las estanterías. Había mucho polvo y un olor desagradable. Sobre la mesa había un retrato de su madre y un busto en yeso de Napoleón que había hecho él mismo cuando tenía dieciséis años. No se parecía mucho a Napoleón pero aun así estaba muy bien hecho. Tenía también barcos de guerra que construía desde que era niño, terminados minuciosamente en los detalles más pequeños. Estaba muy orgulloso de sus barcos de guerra y sobre todo de un pequeño velero con una banderita. Llamó a Francesca para que fuera a saludarle y también le enseñó la banderita. Le mostró su biblioteca y hasta le recitó algunas poesías de Rilke. Fue muy amable con Francesca y durante aquellos días hizo todo lo que estaba en su mano para complacerla. Siempre que conocía a alguien nuevo intentaba ser simpático. Aunque también me daba la sensación de que le tenía un poco de miedo a Francesca. Puede que hasta Giovanna le diera miedo. De mí, sin embargo, jamás tuvo miedo y eso no estaba nada bien. No tenía nada, ni una pizca de miedo de mí.

Francesca me mandó a su casa a recoger sus vestidos. Estaba la tía y cuando me vio se puso a llorar. Me hizo tantas preguntas que no sabía ni qué responder. No llegaba a entender por qué Francesca no quería a aquel señor de la compañía de transportes. Era una persona de lo más formal y estaba muy lejos de ser feo. No llegaba a entender qué demonios esperaba Francesca de la vida. Jamás había entendido ni un poquito a esa muchacha.

—Es la nueva generación —dijo—, es la nueva generación.

Lloraba y se restregaba la cara con aquel pañuelo empapado. Yo traté de explicarle que Francesca era joven y que todavía había tiempo para que encontrara a un hombre que le gustara más. Me contestó que no le gustaba cómo Francesca se relacionaba con los hombres, cómo coqueteaba con ellos y

tenía siempre a dos o tres alrededor. No creo que supiera que Francesca había tenido amantes. Eso era algo que ni siquiera se le pasaba por la cabeza. Hacía todo lo que podía para entender pero no se enteraba de nada. Yo pensaba en el esfuerzo que hace todo el mundo para adivinar lo que hacen los demás y cómo todos se atormentan siempre para tratar de descubrir la verdad y se mueven como ciegos en su oscuro mundo tocando las paredes y los objetos para orientarse. Hice un paquetito con los vestidos y me marché.

Francesca estaba en la cocina depilándose el entrecejo frente a un espejito. Gemma se había quedado mirándola con la boca abierta y Francesca le hizo una burla.

—Vete a prepararme un baño, niña —dijo.

Gemma salió de la cocina riéndose por lo bajo. Francesca sacó los vestidos del paquete y los observó uno a uno dándoles la vuelta con el ceño fruncido. Le pregunté si tenía pensado volver a casa.

—No —dijo—, ya basta.

Preparé un zumo de naranja para la niña. Era la primera vez que le daba zumo de naranja y me sentía emocionada y contenta. Me alegraba que se estuviera convirtiendo en una niña mayor y que comiera la misma comida que los adultos. Puse a hervir la cucharilla.

—Cuánta historia —dijo Francesca—, y todo para que crezca, se convierta en una mujer y te rompa las narices como hago yo con mi madre. La familia es un invento absurdo. Imagínate si pienso casarme.

A veces sentía un poco de celos de Francesca. Alberto era muy amable con ella y le hacía retratos. Ella le trataba con un aire un poco desdeñoso pero cuando él empezó a hacerle retratos en su cuadernillo disminuyó su desprecio. Por la noche Alberto la llamaba al estudio y le leía poemas de Rilke, también venía a casa Augusto y de pronto pensé que tal vez Francesca y él se podrían casar. Se lo dije a Francesca y ella me dijo que Augusto parecía un notario de provincia con aquel bigote enorme y la bufanda y los puños que le sobresalían de las mangas de la chaqueta, que entre los dos se quedaría con el de la compañía de transportes. Pero cuando venía Augusto se iba corriendo a arreglar y se observaba con atención en el espejo mientras decidía si se ponía o no el collar.

Vendió sus joyas y alquiló un pequeño apartamento con teléfono, baño y

cocina. Decía que iba a buscar un trabajo pero que mientras no encontrara nada iba a intentar pintar cuadros porque de ser actriz ya no tenía ganas. Los cuadros eran raros, con grandes manchas de color. Les ponía un poco de todo. Ponía casas y calaveras y soldados con armaduras y la luna. La luna la ponía siempre. Se había mandado hacer un delantal grande de tela gris y se pasaba todo el día encerrada pintando. Decía que ya no quería tener amantes.

Yo estaba siempre muy ocupada con la niña. Ya había empezado a caminar y estaba siempre persiguiéndola por toda la casa para que no se hiciese daño. Lloraba cada vez que me alejaba de ella y me la tenía que llevar conmigo hasta cuando iba al baño. Era muy mala y caprichosa y nunca quería comer. Había que estar jugando con ella y metiéndole la cuchara cuando no se daba cuenta. Caminaba apoyándose en las sillas y jugaba con el gato y con mi cesta de labores y yo la seguía con el plato en la mano esperando que abriese la boca para meterle la cuchara.

Durante el primer año la niña tuvo los ojos de un color gris plomo pero tras el primer año comenzó a mezclarse de marrón. Tenía el pelo rubio y fino, muy fino, y yo se lo peinaba hacia atrás y lo ataba con una cinta. Siempre estaba muy flaca y muy pálida, no era una niña guapa. Tenía los ojos como apagados y rodeados de algo oscuro. Nunca quería comer ni dormir. Lloraba hasta muy tarde por la noche antes de adormecerse y tenía que pasearla arriba y abajo por la habitación cantándole. Siempre quería que le cantara la misma canción, una canción francesa que me había enseñado mi madre.

*Le bon roi Dagobert
A mis sa culotte à l'envers;
Le bon Sant-Éloi
Lui dit: O mon roi!
Votre Majesté
Est mal culotée.*

Envolvía la lámpara con una tela roja y caminaba arriba y abajo cantando

con la niña en brazos. Cuando salía de la habitación me sentía agotada, como tras una dura y larga batalla. Pero muchas veces apenas un minuto después de que me fuera de la habitación aquel llanto débil e irritante volvía a alzarse en medio del silencio de la casa y tenía que entrar de nuevo para acunarla y cantar. La niña no aguantaba a Alberto y se ponía a gritar cada vez que la cogía en brazos. Me quería sólo a mí, a él no le quería. Él me decía que la había malcriado y que había convertido a nuestra hija en una mimada. Estaba casi todo el día fuera de casa y se iba de viaje cada vez con más frecuencia. Cuando estaba en casa se pasaba el día encerrado en el estudio y de vez en cuando venía Augusto y charlaban, pero a mí ya no me importaba demasiado saber de qué hablaban, si era de Giovanna o de otras cosas. Lo único que me importaba era que la niña comiese y que aquel plato suyo en el que había un pollito dibujado saliendo de la cáscara acabase vacío. Recordaba lo que me había dicho Alberto, que un hijo era la cosa más importante que le podía ocurrir tanto a un hombre como a una mujer. Pensaba que al menos para las mujeres aquello sí era de verdad lo más importante pero no para un hombre. Para Alberto la vida había seguido igual después de que naciera la niña, hacía los mismos viajes y los mismos dibujos en su cuaderno y anotaba sus comentarios en los márgenes de los libros y salía a la calle con el mismo paso ligero de siempre y un cigarrillo entre los labios. Él nunca estaba de mal humor por culpa de la niña, porque no había comido o estaba demasiado pálida. Ni siquiera sabía qué comía la niña y tal vez ni siquiera se había dado cuenta de que sus ojos habían cambiado de color.

Pensé que me había curado de los celos y que ya ni siquiera me importaba saber si veía o no a Giovanna. Había tenido una niña con él y eso era suficiente. La época en la que le esperaba en la pensión y temblaba al pensar en él me parecía tan lejana que casi dudaba de que hubiese formado realmente parte de mi vida. A veces me llamaba al estudio y hacíamos el amor pero yo siempre estaba atenta para escuchar si aquel llanto débil e irritante se alzaba en la oscuridad. Ni siquiera me preguntaba a mí misma si me daba placer o no. Y él tampoco me preguntaba lo que sentía. Pensaba que nuestro matrimonio era como cualquier otro, ni mejor ni peor que muchos otros.

Un día estaba de paseo con la niña. Francesca le había regalado aquel camello y era el primer día que lo sacábamos a la calle. Era muy bonito y

movía la cabeza. Todo el mundo se paraba para mirarlo. Paseábamos muy despacio bajo aquel sol tibio e inmóvil y yo estaba muy contenta porque aquella mañana la niña se había tomado todo el café con leche y se había comido dos cruasanes. El camello se caía de vez en cuando y yo me inclinaba para ponerlo de pie y le limpiaba aquella bonita montura roja.

Vi que Alberto cruzaba la calle con una mujer. Era una mujer alta y llevaba un abrigo de piel de cordero, pero no pude ver nada más. Cogí a la niña y al camello y regresé a casa a toda prisa. La niña se intentaba escabullir y gritaba porque quería caminar pero yo la tenía agarrada con fuerza entre los brazos y entré en casa. Le dije a Gemma que le quitase el abrigo a la niña y la llevase a la cocina porque quería escribir una carta. Me encerré en el salón y me senté en el diván. Había pensado tanto en Giovanna que le había otorgado un rostro grande e inmóvil que no me hacía daño. Pero ahora aquel rostro se había desvanecido y había surgido en su lugar una figura alta con un abrigo de piel de cordero que deseaba morder con mis propios dientes para que dejara de dolerme. Caminaban despacio, muy despacio, como me había dicho Francesca. Él había salido de casa a las tres de la tarde y me había dicho que iba a la oficina, donde tenía que despachar unos trámites que llevaban parados demasiado tiempo. Cuando les vi eran casi las cuatro y media. Mentía y no se cansaba de mentir. No se le movía ni un músculo cuando mentía. Había cogido su sombrero del perchero, se había puesto el impermeable y había salido de casa con el mismo paso ágil de siempre.

Ya empezaba a estar oscuro cuando volvió a casa. Yo todavía estaba sentada en el diván y la niña jugaba con el gato sobre la alfombra. Gemma estaba poniendo la mesa. Fue al estudio y me llamó. Fui a verle. Cuando le miré comprendí que él también me había visto. Era un trapo humano, un desecho. Casi no se le oía. Dijo:

—Nosotros dos ya no podemos seguir juntos.

—No —dije.

—No es culpa tuya —dijo—. Has hecho todo lo que puede hacer una mujer. Has sido cariñosa conmigo y me has dado mucho. Tal vez tenías razón cuando me decías aquello de que era muy viejo, demasiado viejo como para acostumbrarme a vivir con una mujer y una niña. Sigo atado a algunas viejas historias y no soy capaz. —Se quedó mirándome y esperando que hablara,

pero no dije nada. Continuó—: No es lo que piensas. No hago esto para estar con esa otra persona. Tengo ganas de estar solo. Lo que deseo ahora es vivir solo. Me molesta tener que mentirte todo el tiempo. Te tengo cariño y me gustaría no tener que mentirte. Siempre que te miento siento una especie de opresión y me siento culpable. Me gustaría estar solo y un poco tranquilo.

—¿No haces todo esto para estar con Giovanna? —pregunté.

—No —dijo—, te juro que no.

—Pero si no me importa —dije yo—, desde el momento en que ya no vamos a estar juntos todo me da lo mismo. ¿Y no quieres vivir con ella?

—No, tiene un marido y un hijo. Nos conocimos demasiado tarde, siempre es igual, pero me siento muy unido a ella y me repugna vivir con otra persona.

—¿Te repugna?

—Sí.

—¿Te repugna estar conmigo? ¿Te doy asco?

—No —dijo—, no es eso. Me repugna tener que mentirte siempre.

—Pero lo que tú has dicho es: me repugna vivir con otra mujer. ¿No es eso lo que has dicho?

—No me atormentes. Te suplico que no me atormentes de ese modo. Ya no sé ni lo que he dicho. Entiende que no me parezca justo que estés atada a mí. Todavía eres joven y podrías hacer feliz a otro hombre.

—Pero tenemos una hija, ¿te acuerdas de que tenemos una hija?

—Vendré a menudo. Vosotras quedaos aquí, yo conseguiré una habitación fuera de casa. Vendré siempre a veros. Seremos siempre amigos —me dijo.

—No seremos amigos. Nunca hemos sido amigos. Para mí no has sido ni un amigo ni un marido. Nada. Y no seré feliz con otro hombre, no podría hacer el amor con otro hombre porque vería siempre tu cara. No podría liberarme de tu cara, es así de sencillo.

—No estoy diciendo que sea sencillo, tienes que ser valiente, eres una mujer muy valiente. Eres una mujer muy valiente, sincera y aguerrida, siempre me ha encantado eso de ti. Yo no soy ni valiente ni sincero. Lo sé, me conozco bien.

—¿Y Giovanna? —pregunté—. ¿Cómo es Giovanna?

—No me atormentes —me dijo—. Si tú supieses lo que me cuesta hablar de ella contigo... Es una historia que dura desde hace ya muchos años y no

termino de saber lo que hay en el fondo. La historia dura desde hace ya once años, estamos muy unidos el uno al otro, hemos sido muy desgraciados, hemos sufrido y nos hemos hecho sufrir, ella y yo. Me ha traicionado y me ha mentido también y nos hemos dicho muchas cosas crueles y nos hemos dejado, pero luego nos hemos vuelto a encontrar y siempre que lo hacemos es como si fuera algo nuevo, siempre nuevo a pesar de que hayan pasado los años. Sufrí mucho cuando me casé contigo. Me gustaba sentir que sufría y se atormentaba por mi causa porque en muchas ocasiones había sido yo el que había sufrido por ella. Creía que acabaría olvidándola, pensaba que sería fácil, y sin embargo cuando empezamos a vivir juntos nosotros dos sufría terriblemente porque eras tú y no ella la mujer con la que vivía. Quería tener un hijo contigo igual que ella tenía un hijo con otro hombre. Quería decir «mi hijo» igual que ella decía «mi hijo» y tener una vida propia que fuese desconocida para ella del mismo modo que ella tenía una vida que a mí me resultaba desconocida. Nos hemos dejado y reencontrado muchas veces, pero las cosas ya han llegado a un punto en que se me hace imposible seguir contigo. Me buscaré una habitación y estaré solo. Vendré mucho a ver a la niña. Quizá hasta seamos más amigos que ahora. Tal vez ya no me costará tanto hablar contigo de ciertas cosas.

—Está bien —dije—, como quieras.

Y él:

—Eres muy valiente.

Tenía un aire exhausto y la voz quebrada después de haber hablado tanto rato de sí mismo. No quiso cenar. Tampoco yo tenía ganas de cenar y al final picamos cualquier cosa en el estudio.

Luego me tuve que ir a dormir a la niña y a cantarle la canción del *roi Dagobert*. Tardó un buen rato en dormirse. Al final la metí en la cuna, la tapé con la manta y me quedé allí quieta mirándola un poco. Alberto se acercó en ese momento a la cuna y también se quedó allí mirándola un rato. Luego se marchó.

Me desnudé y me quedé mirando en el espejo aquel cuerpo desnudo que ya no pertenecía a ningún hombre. Podía hacer lo que me diera la gana. Podía irme de viaje con Francesca y con la niña. Podía encontrarme con cualquier hombre que quisiera y hacer el amor con él si me daba la gana. Podía leer

libros y visitar pueblos y ver cómo vivía el resto del mundo. Había sido necesario llegar hasta ahí. Me había equivocado en todo, pero todavía se podía remediar. Si hacía un esfuerzo me podía convertir en otra mujer. Me metí en la cama y todavía me quedé allí un poco con los ojos abiertos en la oscuridad mientras sentía cómo iba creciendo en el interior de mi cuerpo una fuerza fría y enorme.

Al día siguiente le escribí una carta a mi madre en la que le preguntaba si le gustaría tener a la niña en Maona una temporada. Hacía ya tiempo que mi madre lo deseaba. Vino mi padre, y Gemma y la niña se fueron con él. La niña no paraba de gritar y patalear en brazos de Gemma llamándome todo el tiempo. Me alejé de la ventana y me tapé las orejas con las manos para no escuchar su llanto al fondo de la calle. Tenía ganas de descansar y de no tener que cantar el *roi Dagobert* durante un tiempo. Me fui a casa de Francesca. Estaba Augusto allí. Le había visto ya otras veces en su casa así que pensé que a lo mejor se habían hecho amantes. Francesca estaba pintando con aire absorto y Augusto fumaba una pipa y leía sentado junto a la mesa.

—He visto a la coliflor —dije.

Francesca me miró sorprendida pero lo entendió todo al instante y se puso a reír a carcajadas.

—¿A que es cierto que viste fatal? —me dijo.

—No lo sé —respondí—, llevaba un abrigo de piel de cordero.

Augusto tenía el ceño fruncido porque no se enteraba de nada. Le dije:

—Alberto y yo ya no estamos juntos.

—Por fin —dijo Francesca. Me llevó hasta la habitación de al lado poniéndome la mano en la espalda. Dijo—: Ten cuidado y haz las cosas bien para sacarle todo el dinero que puedas. Ten cuidado y haz bien las cosas. Ese hombre es un tacaño.

Augusto salió conmigo cuando me marché. Era una tarde clara y ventosa y cruzaban el cielo grandes nubes blancas y pesadas. Me preguntó si me apetecía dar un paseo y le dije que sí. Nos pusimos a caminar sin rumbo junto al río, cruzamos el puente y subimos por una callejuela que acababa en una placita desde la que se dominaba toda la ciudad. Se sentía a lo lejos el silbido de los trenes y las fábricas y también el tranvía tintineando y dejando unos pequeños destellos de chispas entre los árboles verdes de la calle. El viento

me despeinaba y agitaba él abrigo y también revolvía mechones de pelo sobre el rostro absorto e indiferente de Augusto. En medio de la placita había una gran figura de bronce de una mujer con cara de espiga y nos sentamos allí, en el pedestal de piedra. Le pregunté a Augusto si estaba enamorado de Francesca y me dijo que no pero no le creí. Pensé que cuando Francesca le abandonara a lo mejor también yo haría el amor con él y aquel pensamiento me produjo una especie de tranquilidad, no sé por qué. Me dio una sensación de calma y equilibrio. Le miraba y sentía que no tenía ningún deseo de hacer el amor con él, miraba aquel bigote negro y aquella cara dura y solitaria, con aquella nariz enrojecida por el frío. Pensé que ya habría tiempo y que tal vez el deseo vendría más tarde. Me dijo:

—Así que Alberto y tú habéis decidido que ya no queréis estar juntos.

—No —contesté—, lo ha decidido él. Puede que sea mejor así.

Se puso a rellenar la pipa con la bolsa de tabaco entre las piernas meciendo la cabeza y mirando fijamente al suelo.

—Quiero pedirte una cosa —le dije—. ¿Tú ves a Giovanna de vez en cuando?

—De vez en cuando —dijo—. ¿Por qué?

—Me gustaría que le dijese que venga un día a mi casa. No, no es lo que tú crees. No quiero suplicar ni pedir misericordia ni nada parecido, lo único que quiero es charlar un minuto con ella. Me da la sensación de que me quedaré más tranquila cuando lo haga. He intentado imaginarme demasiadas veces qué nos habríamos dicho si nos hubiésemos encontrado. Y la imaginación acaba haciendo daño, estar en la oscuridad imaginando todo el tiempo. Si pudiese verla de verdad una sola vez podríamos ponerle fin a toda esta historia.

Dijo:

—Alberto no se pondría muy contento si te viera con ella.

—No —contesté—, no se pondría nada contento. Le da pánico hablarme de ella. Le da pánico pensar que existimos las dos y que podemos encontrarnos. Tiene ganas de irse a vivir solo para separarse de ella y de mí, le gustaría vivir dos vidas paralelas, pero la verdad es que ya estoy harta de pensar siempre en si las cosas le hacen daño o no sólo a él. Estoy harta de no hacerle daño y de estar siempre sola en la oscuridad pensando en mis cosas.

Fumaba y miraba a lo lejos. El cielo tenía una claridad extraordinaria y el viento traía un aire tibio. Las nubes desfilaban a toda prisa tras las colinas. La bufanda de Augusto se movía débilmente con el viento y su cara grande, cerrada y seria me daba una especie de calma.

Nos fuimos de la placita, bajamos por la callejuela y yo me di la vuelta para mirar por última vez a la mujer con cara de espiga que se alzaba con sus pechos de bronce en mitad de aquel aire vivido y transparente. Pensé que sería capaz de recordarla y que también recordaría aquel día cuando Augusto y yo nos convirtiésemos en amantes.

Me dijo:

—Yo también estuve enamorado de Giovanna, hace muchos años.

No respondí nada, tenía la sensación de haberlo sabido siempre. Añadió:

—Por eso fue lo del revólver.

—¿El revólver?

—Sí, por eso compramos el revólver, uno Alberto y otro yo. Queríamos suicidarnos. Decidimos dispararnos los dos a la misma hora, cada uno en su propia habitación y en su propia casa. Estuve toda la noche con aquel revólver encima de la mesa sin dejar de mirarlo, a cada segundo que pasaba me parecía cada vez más difícil. A la mañana siguiente fui a casa de Alberto. Caminaba por la calle muerto de miedo pero cuando llegué a su casa me lo encontré vistiéndose para ir a la mía. Nos miramos y nos pusimos a reír. Desde entonces tenemos siempre el revólver cargado en el cajón. De cuando en cuando le echo un vistazo, pero ya no tengo ganas de suicidarme. Hace muchos años de eso. Realmente hay momentos en la vida en los que uno siente asco por todo lo que le rodea, pero de pronto van pasando los días y los años y uno comienza a entender. Entiendes que hay un sentido hasta en las cosas más pequeñas y ya no te lo tomas todo tan a la tremenda y eres capaz de seguir adelante.

Yo pensaba que decía aquellas cosas para mí, que era su manera de consolarme. Me sentía agradecida pero no se me ocurría nada que decir. Dijo:

—Fue hace muchos años. Me pasé toda la noche mirando aquel revólver encima de la mesa. Giovanna ya estaba con otro hombre, un director de orquesta. A mí me resultaba difícil soportar que estuviese enamorada de otro. Quería que dejase a su marido y también aquella otra historia y se viniese

conmigo. Alberto también estaba enamorado de ella, se pasaba el día paseando como un loco por la ciudad bebiendo en los bares. Eramos dos estúpidos. No nos matamos y durante un tiempo seguimos delirando hasta que de pronto me di cuenta de que a él no le iba tan mal y de que el director de orquesta se había retirado. No se atrevía a confesarme lo que ocurría y se hacía el misterioso conmigo, pero a mí ya me daba todo igual. Me puse a escribir y a estudiar y escribí un libro sobre la guerra de sucesión polaca. Decidí que no merecía la pena tomarse a nadie demasiado en serio. En esa época pensé que tampoco Alberto duraría mucho y sin embargo todavía dura. A Giovanna la volví a ver y nos hicimos amigos, también de Alberto he seguido siendo amigo y muchas veces recordamos aquel día en que quisimos suicidarnos los dos. Cuando uno es joven hace estupideces.

Me despedí de él al llegar a la ciudad y regresé a casa. Tenía que preparar la cena porque Gemma no estaba, así que me puse a hacer un guiso de patatas con carne. Añoraba a la niña y hasta tenía ganas de cantar la canción del *roi Dagobert*. La canté mientras ponía la mesa. Alberto entró en la cocina y le pregunté cuándo tenía pensado marcharse. Se sentó a la mesa con el periódico y no me contestó. Tras un rato y con una voz tenue me dijo:

—¿Tan ansiosa estás de librarte de mí?

—No —dije—, tómate el tiempo que quieras.

Pero tras la cena se fue al estudio y se puso a meter sus cosas en una caja de zinc. Organizaba los libros uno a uno después de sacarlos con cuidado y limpiarlos de polvo. Tiró el busto de Napoleón y todos sus barcos de guerra. Yo le miraba quieta, en la puerta. En un momento dado se cansó y se sentó a leer. Yo me marché a barrer la cocina y luego me fui a la cama.

Era domingo. Augusto me llamó por teléfono por la mañana. Por la tarde vino a buscar a Alberto y le dijo que fuera a su casa a escuchar unos discos. Me peiné y me puse polvos y me senté a esperar.

Poco después sonó la campana de la puerta. Le di al botón que abre la puerta y escuché los pasos por las escaleras. Se oían en la grava del jardín. Tenía las manos frías y sudadas. Apreté los dientes y tragué saliva. Entró Giovanna y nos sentamos en el salón la una frente a la otra.

De pronto me di cuenta de que ella estaba muy intimidada y eso facilitó un poco las cosas. Tenía un poco de rubor en las mejillas pero poco a poco fue

desapareciendo. Su cara permaneció pálida, de una palidez harinosa y fría. Yo la miraba y me decía a mí misma: «Es Giovanna». Ella también me miraba. Llevaba aquel abrigo de piel de cordero pero estaba un poco desgastado y se notaba que era viejo. No llevaba sombrero. Tenía los guantes entre las manos y las piernas cruzadas. Se había sentado en el sillón que estaba junto a la ventana.

Siempre había pensado que tendría algo de vulgar. Siempre había imaginado a una mujer más maquillada y con algo de vulgar o de violento en el cuerpo o en la cara. Entre todas las imágenes posibles que me habían pasado por la cabeza siempre me había acabado deteniendo sobre una imagen escandalosa y un poco violenta pero lo cierto era que no tenía nada de vulgar. Tras unos minutos me empecé a dar cuenta de lo hermosa que era. Su cara era pálida y fría, tenía los labios grandes y sin pintar y sonreía silenciosamente. Los dientes eran pequeños y tenían buen aspecto. La cabeza alargada y sutil, de pelo negro con brillos grises que llevaba ajustado con unas horquillas, estaba un poco inclinada hacia un lado. Los ojos eran azules.

Me preguntó:

—¿Dónde está la niña?

—No está —dije yo—, está con mi madre, en el pueblo.

—Qué pena —dijo—, me habría gustado verla.

—Tal vez le parezca un poco raro que le haya pedido que venga a verme.

Me dijo:

—¿No podemos tutearnos? Creo que será todo mucho más fácil.

—Te he pedido que vengas pero la verdad es que no tengo nada en concreto que decirte. Era simple curiosidad. Puede que fuera una curiosidad sin sentido.

Estaba callada con las piernas cruzadas y los guantes entre aquellas manos de dedos largos.

—No te quería decir nada en particular, no tengo ninguna intención de ponerme de rodillas y suplicar misericordia ni tampoco de reprocharte nada. No te odio o al menos no lo creo. Ya sé que no se puede hacer nada. Alberto se irá, de este modo podréis encontraros más a menudo y él no se sentirá obligado a mentirme. Dice que le desagrada, pero no sé si es cierto. De todas formas también a nosotros solos nos iba mal, puede que ni siquiera fuese por

tu culpa. He intentado que vaya bien por todos los medios pero no lo he conseguido. Ha sido un desastre.

Se quitó el abrigo y dijo:

—Hace calor aquí.

Llevaba puesto un vestido de tela verde con una gran *G* bordada en rojo sobre el pecho izquierdo. No era especialmente bonito. Tenía los pechos grandes y pesados, las costillas anchas y redondas y los brazos y piernas delgados.

Echó un vistazo alrededor. Dijo:

—En esta casa está todo igual. Vine aquí alguna vez, cuando la madre de Alberto todavía vivía.

—¿Viniste cuando vivía la vieja? —pregunté.

—Sí —dijo, y se puso a reír—, venía a veces a jugar a las damas con ella. Me quería pero era una tacaña. Te habría hecho la vida imposible. Ha sido una suerte que se haya muerto a tiempo. Habrías tenido que jugar a las damas con ella todos los días y tener cuidado de no ganar porque se enfadaba.

Respondí:

—De esta otra forma tampoco es que hayan sido fáciles las cosas.

Me preguntó si no tenía algún retrato de la niña y yo le enseñé uno. Lo miró un momento y luego lo dejó a un lado. Abrió su bolso y sacó también otro retrato:

—Es mi hijo.

Lo miré. Se veía un chico vestido de marinero con labios gruesos y ojos claros. Añadió:

—No quiere estudiar. Un chico siempre es difícil, mejor una niña. No quiere estudiar latín. Aunque también es verdad que ahora los profesores son muy exigentes.

Preparé un poco de té. Tomamos el té y comimos unas pastas. Dijo que estaban muy ricas. Pensé que ya podía irse si quería. Estaba cansada, sentía un enorme cansancio en la mirada. Me habría gustado también preguntarle cómo había sido aquella historia del director de orquesta. Me habría gustado preguntarle cómo había empezado su historia con Alberto, cómo se había enamorado de él. Le dije:

—¿Le quieres mucho?

—Sí —contestó—, mucho.

Puso la taza sobre la mesa y se levantó. Yo también me levanté. Dijo:

—Son ya once años, no sería capaz de dejarle. —De pronto se le llenaron los ojos de lágrimas. Repitió—: No sería capaz, de verdad. Lo he pensado muchas veces, le he mentido y le he engañado, le he dicho cosas crueles y nos hemos dejado pero luego nos hemos empezado a ver otra vez y ahora estoy segura de que le quiero. No puedo renunciar a él. Lo siento. —Sacó un pañuelo y se secó las lágrimas negando con la cabeza. Luego continuó—: He sido muy desgraciada. Con mi marido las cosas nunca han ido bien. Fue mal desde el principio, desde la primera época. Si no hubiésemos tenido un hijo le habría dejado. No es un mal hombre y me quiere a su manera, pero ya no tenemos nada que decirnos y me encuentra rara y estúpida. Durante una época yo mismo creía que era estúpida y rara, como pensaba él, me esforzaba en ser como él quería, en agradarle. Hacía mucha vida social y charlaba con las señoras, organizaba pequeñas reuniones de té y algunos encuentros. Hasta que me harté y dejé de hacerlo. Al principio se enfadó mucho conmigo, me montaba unas escenas tremendas pero también se cansó y no tardamos en dejarnos en paz el uno al otro. Y eso fue lo que pasó. —Se puso el abrigo y los guantes y se anudó al cuello una bufanda de seda—. Si me hubiese casado con Alberto tal vez hoy sería una mujer distinta. Más enérgica y valiente, más fuerte. Tal vez él también sería un hombre distinto. No creas que me gusta cómo es. Le conozco bien y hay ciertos días en los que me resulta odioso, pero todo habría sido distinto si nos hubiésemos casado. Nos hemos conocido demasiado tarde, es difícil saber lo que queremos y de jóvenes siempre hacemos estupideces. La vida comienza cuando todavía somos demasiado jóvenes para comprenderla. —Me cogió las manos y apretó con fuerza. Tenía una sonrisa tímida y triste, tal vez se preguntaba si debíamos darnos un beso o no. Me acerqué a su cara y nos dimos un beso. Sentí por un instante el aroma de su rostro frío. Mientras bajábamos por las escaleras me dijo—: Qué pena que no haya podido ver a la niña.

Cuando se marchó me di cuenta de que aún me quedaban cosas que decirle, pero era un descanso estar sola y sentí que poco a poco se me iban relajando los músculos de la cara e iban regresando a su tensión normal. Me tumbé en el sofá con un cojín bajo la cabeza. Ya estaba oscuro fuera, en el

jardín. Añoraba a la niña cuando venía a buscarme por la tarde y me preguntaba si mi madre la arropaba bien cuando la acostaba por la noche para que no se despertara. Lui a la cocina y encendí el fuego bajo la cazuela con la sopa. Llamé al gato y le di una corteza de queso.

Siempre había creído que cuando viera a Giovanna me quedaría más tranquila y la verdad es que me sentía muy tranquila. Había una especie de quietud gélida dentro de mí. Donde antes había habido imágenes mudas ahora había una mujer que tomaba una taza de té conmigo y me enseñaba el retrato de su hijo. Ni la odiaba ni sentía lástima por ella. Nada. Tenía una especie de vacío en mi interior.

Me sentía más sola que nunca. Me acordaba de las imágenes de Giovanna que me habían estado acompañando antes de conocerla. Ahora me encontraba sola y cuando mi mano buscaba aquellas imágenes mudas no encontraba más que un agujero negro, abierto y vacío. Mi mano se retraía con una sensación de frío. La verdadera Giovanna, que se había sentado en el sillón que estaba junto a la ventana y había tomado el té y había llorado, no me odiaba ni yo la odiaba a ella, no existía ninguna relación real entre ella y yo.

Me preguntaba cuándo se iba a marchar Alberto. En ese momento tenía muchas ganas de que se fuera lo antes posible, pero no tenía ninguna pinta de que estuviese decidido a hacerlo de inmediato. Todos los días metía algún que otro libro en la caja de zinc y yo miraba cómo se iban vaciando las estanterías poco a poco. Pensaba que tal vez cuando sacara todos los libros se marcharía por fin.

Nosotros ya no hablábamos nunca. Ahora que Gemma no estaba yo me encargaba de preparar la comida y la cena y de plancharle las camisas. A veces él me ayudaba a limpiar la mesa o se limpiaba los zapatos él solo. Por la mañana cuando me levantaba iba al estudio a hacerle la cama y él esperaba de pie junto a la ventana hasta que había terminado.

No le dije que había venido Giovanna y no sabía si él lo sabía. Pocos días después de la visita de Giovanna me fui a Maona a recoger a la niña. Le quería decir a mi madre que Alberto y yo lo habíamos dejado pero cuando la vi no le dije nada. Estaba en la cocina cortando jamón y yo me enfadé porque la niña estaba constipada y porque ella misma me dijo que no se había dado cuenta de si se había destapado o no estando dormida. Se ofendió y también mi

padre se ofendió. Regresé en el tren correo con la niña en brazos y con Gemma llorando al otro lado porque se había tenido que despedir de los suyos en casa. Mientras recorríamos en el tren aquel camino entre viñedos y colinas apretaba mucho a la niña contra mí pensando que no iba a llegar nunca el momento en que nos quedáramos las dos solas en casa. Mi madre la había peinado con dos trenzas firmes en la nuca y su mirada delgada y desnuda tenía ahora una especie de expresión nueva, graciosa y melancólica al mismo tiempo. Me daba la sensación de que se daba cuenta de todo lo que había pasado. Sentada sobre mi falda iba desmenuzando un bizcocho y se metía un trocito en la boca de cuando en cuando. Todavía no sabía hablar pero parecía que lo entendía todo perfectamente.

Cuando llegamos a casa nos cruzamos con Alberto, que salía y estaba cerrando la cancela en ese momento. Cogió a la niña en brazos y la besó, pero la niña se puso a gritar. La dejó en el suelo enseguida. Puso las manos tras la espalda y se marchó.

Llamé a Francesca y vino de inmediato a casa. Le pregunté si todavía tenía ganas de hacer aquel famoso viaje conmigo y con la niña. Le dije que pensaba que en los próximos días Alberto se iba a ir para siempre de casa y que no quería estar allí cuando eso pasase. Se puso muy contenta y me dijo que podíamos ir a San Remo, al hotel Bellevue. Se puso a hablar del hotel Bellevue, donde al parecer daban helado caliente la noche del sábado. Le pregunté en qué consistía eso del helado caliente y me lo explicó. Al parecer era un helado sobre el que echaban una crema de chocolate caliente. Estuvo mirando los horarios de trenes y lo arregló todo enseguida.

Cuando Alberto regresó a casa yo estaba preparando la maleta. Por una vez era yo la que preparaba la maleta y él el que estaba a mi lado mirando. No parecía muy contento. Le dije que Gemma se quedaba allí con él. Le pedí dinero y me lo dio. Nos fuimos a la mañana siguiente temprano cuando él todavía estaba dormido.

En San Remo hacía un viento tremendo. Al principio alquilamos una sola habitación pero Francesca no podía soportar el llanto de la niña por la noche así que se cogió una para ella sola. Los primeros días estaba todo el rato con nosotras y decía que se aburría. Decía que San Remo no era más que un lugar aburrido al que sólo iban viejos, pero luego se hizo amiga de la gente del hotel

y comenzó a salir en barca y a bailar por la noche. Tenía muchos vestidos de noche, cada uno más bonito que el anterior. Yo me quedaba en la habitación hasta que se dormía la niña y cuando se dormía bajaba un rato a al salón a hacer mis labores, pero nunca estaba tranquila del todo porque la niña se podía despertar y ponerse a gritar sin que yo la escuchara. Por eso casi nunca aguantaba mucho y me subía pronto a dormir. Cuando Francesca volvía golpeaba muy flojito mi puerta y yo me iba a su habitación para que me contara todas las cosas que le habían dicho en el baile y quién estaba y quién no.

Después de quince días en San Remo vino Augusto. Estaba de un humor pésimo y muy celoso y Francesca no paraba de maltratarle. Se quedaba en el salón del hotel fumando su pipa y escribiendo su nuevo libro sobre los orígenes del cristianismo. Le pregunté si Alberto estaba todavía en casa y me contestó que aún no se había movido de allí. Seguía metiendo algún que otro libro en la caja de zinc. Quería hablarle de Giovanna pero él cortó enseguida la conversación. Creo que estaba demasiado enfadado para prestarme atención. De vez en cuando se venía a dar un paseo con la niña y conmigo por el malecón pero no decía nada y se pasaba todo el paseo mirando a un lado y a otro por si veía el abrigo de cuadros escoceses de Francesca. Ella no quería que la acompañara, se había hecho amiga de una condesa.

Se emborrachaba con aquella condesa y se iban a jugar todas las noches al casino. Estaba harta de todos sus vestidos de noche y había conseguido hacerse uno nuevo con una falda de tela negra y unos pañuelos de seda cosidos entre sí. Había hecho también un retrato de la condesa tumbada en un diván sobre una piel de tigre y no paraba de repetirme que los hijos de la condesa no eran ni tan infernales ni tan pestilentes como mi niña.

La niña ahora había empezado a hablar un poco y todos los días decía algo nuevo. A mí me parecía que era muy lista. Cuando se terminaba su bizcocho abría las manitas y decía «Más» con un aire astuto y melancólico. Cuando se levantaba por la mañana decía «Más cama, ¡más!» y entonces yo la llevaba a mi cama y cogía al camello y hacíamos caminar al camello adelante y atrás sobre la manta. Luego entraba Francesca en bata con el pelo recogido con tenacillas y la cara untada de crema y se sentaba a fumar un pitillo detrás de otro mientras contaba historias de la condesa.

Le dije que tenía que dejar de tratar a Augusto de aquella manera. Me preguntó que qué quería que hiciera. Le dije que tratarle de aquella manera era no tener corazón. De cuando en cuando se iban los dos a dar un paseo y creo que hacían el amor porque él se quedaba muy tranquilo y contento cuando luego regresaban al hotel, pero a los pocos minutos aparecía la condesa con sus amigos y silbaban a la ventana de Francesca y ella se maquillaba a toda velocidad, se ponía su abrigo de cuadros escoceses y salía pitando. No sé si había algún hombre que le gustara entre aquellos amigos, ella decía que no. Decía que era gente muy divertida y que Augusto era demasiado serio y celoso y aburrido y que la tenía harta con tanto origen del cristianismo.

La niña se puso enferma el 17 de noviembre. Había estado nerviosa todo el día y no había querido comer nada. Era sábado y había aquel famoso helado caliente, intenté que comiera pero ella lo escupía todo y gritaba sin parar hasta el punto que perdí la paciencia y le pegué fuerte en las manitas. Seguía gritando y yo ya no sabía qué hacer. No quería escuchar la canción del *roi Dagobert* y ni siquiera quería el camello, no quería nada. Estuvo gritando de aquel modo hasta las diez de la noche y luego se quedó dormida. La dejé con mucho cuidado en su cama y luego me senté a su lado. Estuvo durmiendo durante una media hora pero no tenía el sueño tranquilo. Cada tanto se sobresaltaba. Francesca se acercó a despedirse porque se iba a un baile al casino. Se había peinado de una manera muy rara con todo el pelo recogido sobre la frente y se había pintado los labios con un carmín nuevo casi amarillo. Llevaba su vestido bajadera, como lo llamaba ella, el que se había hecho cosiendo los pañuelos de seda, y encima llevaba un fajín de lamé plateado. Estaba preciosa. Se quedó mirando un rato a la niña y dijo que lo más probable era que tuviera pesadillas para estar sobresaltándose de esa forma. Caminaba arriba y abajo por la habitación y yo la odiaba porque no tenía cuidado de no hacer ruido. La condesa silbó bajo la ventana y ella se marchó. Mientras escuchaba cómo bajaba corriendo por las escaleras la niña se despertó gritando y yo la cogí en brazos. Me dio la sensación de que estaba ardiendo y le puse el termómetro. Tenía treinta y nueve de fiebre. Estuve acunándola todo el rato y llevándola de un lado a otro de la habitación sin parar de preguntarme qué le podía estar pasando. Parecía respirar con dificultad y fruncía los labios. Fiebre había tenido muchas veces pero jamás

había llorado de una forma tan desesperada. Intentaba preguntarle dónde le dolía pero ella gritaba y me apartaba las manos. Yo estaba aterrorizada. La dejé un segundo sobre la cama y fui a buscar a Augusto. Me lo encontré en su habitación, tumbado sobre la cama, con la luz encendida y mirando al techo. Tenía los ojos pequeños y la mirada reconcentrada porque Francesca se acababa de ir a aquel baile. Le dije que la niña se encontraba mal y que fuera a buscar a un médico. Se levantó despacio y se acarició el pelo sin entender del todo de qué le estaba hablando. Luego se dio cuenta y se puso el abrigo. Regresé a mi cuarto y cogí otra vez a la niña envuelta en la manta en brazos. Tenía la cara roja y los ojos brillantes. Cada tanto se adormecía pero de inmediato se sobresaltaba y se despertaba otra vez. Pensé la forma en la que los hombres y las mujeres se pasan la vida atormentándose entre ellos y el poco sentido que eso tiene cuando una lleva en brazos a una niña con fiebre. Pensé en la forma en que me había atormentado por culpa de Alberto y en cómo le había esperado temblando y me preguntaba cómo le había podido dar importancia a algo tan absurdo. Estaba aterrorizada pero en el fondo de mi terror estaba segura de que la niña se acabaría curando y Francesca se reiría de mi miedo algún día. Y es que había pasado tantas veces eso mismo: me había vuelto loca por algo que luego había resultado ser una tontería.

Apareció Augusto con el médico. Era un jovencito de pelo rojo con la cara llena de pecas. Desnudó rápidamente a la niña sobre la cama. Lloraba de una forma cada vez más frágil y débil con su diminuto cuerpo desnudo entre las manos del médico. Augusto miraba en silencio. El médico dijo que no sabía con certeza de qué se trataba exactamente pero que tampoco encontraba razón para asustarse demasiado. Recetó unos sobres de bromuro y Augusto salió para comprarlos en la farmacia. El médico se fue y prometió que se pasaría a la mañana siguiente. Augusto se quedó conmigo y eso hizo que me sintiera mucho más tranquila. La niña se había adormecido y yo contemplaba su carita delgada y roja con todo el pelo sudado. Le pedí a Augusto que se quedara conmigo porque me daba miedo estar sola.

A las tres de la mañana la niña se puso a gritar de una manera tremenda. Tenía la cara violeta y vomitó el poco helado caliente que había conseguido que se comiera a la fuerza. Agitaba mucho los brazos y las piernas y me apartaba las manos cuando la intentaba tocar. Vino la sirvienta y también la

señora de la habitación de al lado, que me recomendó que le hiciera una lavativa con manzanilla. Francesca volvió cuando estaba preparando la lavativa. Me pareció que estaba muy borracha. Tenía la cara hinchada y los ojos brillantes y dilatados. Se quedó quieta en la puerta mirándolo todo. La odié con toda mi alma y le dije: «Vete». Se fue a su habitación. Regresó después de un rato, se notaba que se había lavado la cara. Le pidió un café fuerte a la sirvienta. La odiaba tanto que ni siquiera era capaz de mirarla. Tenía tanto miedo que se me había cerrado la garganta. La niña ya no gritaba, estaba tumbada bajo una manta y muy pálida. Tenía una respiración muy débil y agitada. Francesca dijo: «¿Es que os habéis vuelto todos imbéciles? ¿No veis lo mal que está? Hay que ir a buscar a un médico inmediatamente». La sirvienta le explicó que ya había venido el médico pero Francesca dijo que en San Remo sólo había un buen médico y ése era el de la condesa, el resto no valían un pimiento. Hablaba en voz alta y con aire decidido para que no se notara que estaba borracha. Salió para ver si encontraba al médico aquél y Augusto salió con ella. Yo me quedé sola con la señora que me había recomendado hacer la lavativa con manzanilla. Tenía una cara gruesa y arrugada y los polvos le formaban pequeños grumos en los surcos. Llevaba puesto una especie de quimono violeta y hablaba con un fuerte acento alemán. No sé por qué, pero su presencia me producía un alivio tremendo. Me decía que tal vez había sido algo del estómago, que en muchas ocasiones las cosas del estómago acaban dando unos sustos tremendos. Su hijo también se había puesto así de malo una vez cuando era niño, exactamente igual que mi hija, y ahora era todo un caballero. Levantaba la mano para indicar lo alto que era ahora. Se había licenciado en ingeniería y se había casado.

Fuera había empezado a amanecer. El sol se alzaba sobre el mar en medio de una niebla verdigris. En la plaza que había frente al hotel un camarero con chaqueta blanca estaba poniendo las sillas de mimbre y las mesitas entre las palmeras. ¿Cómo era que estaba allí, junto al mar? ¿Qué estaba haciendo en aquella habitación junto a aquella mujer del quimono violeta? Odiaba a Francesca. Me puse a pensar que tal vez Augusto y ella estaban en casa de la condesa charlando al sol y bronceándose.

Apareció Francesca con el médico de la condesa. Aquel nuevo médico era alto y calvo y tenía una cara delgada color marfil. Tenía un labio inferior

inclinado hacia fuera que dejaba ver unos dientes grandes y amarillos como los de los caballos. Dijo que los sobres que nos habían recetado no servían para nada, que la lavativa tampoco servía para nada. Todo se había hecho mal. Escribió una receta nueva y cuando Augusto bajó a la farmacia a comprarla me interrogó a fondo sobre la niña, cómo se había encontrado durante los últimos meses y cómo había comenzado a sentirse mal. Él había agarrado el camello mientras le contaba todo, lo hacía caminar adelante y atrás sobre la mesita. No sé por qué pero aquel gesto suyo me dio esperanza. Le pregunté si era una enfermedad muy grave y me dijo que creía que no, pero que todavía no sabía con certeza de qué enfermedad se podía tratar, podía especular pero no quería decir todavía su última palabra. Echó a la señora del quimono violeta porque decía que en una habitación en la que hay un enfermo no conviene que haya mucha gente para mantener el oxígeno. La señora del quimono se marchó. Francesca me trajo un café. Era un día despejado y en la plaza que había frente al hotel se sentaban los viejos de siempre con su periódico y su bastón entre las piernas.

A las nueve vino el médico pelirrojo, justo cuando el otro médico ya estaba preparando la jeringuilla para la inyección. Se quedó un poco contrariado pero Francesca le llevó al pasillo y le dijo no sé qué cosa. A continuación los dos médicos salieron al pasillo a charlar. La niña estaba tranquila y respiraba bien. Parecía muy cansada y tenía los ojos rodeados de una sombra violeta y los labios blancos. Se alzó un poco y dijo: «Más cama». Fueron las primeras palabras que había dicho desde que estaba mal. En ese momento me inundó una alegría inmensa y me puse a llorar. Francesca me abrazó.

—Creía que se estaba muriendo —dije.

No contestó nada, pero me acarició la espalda.

—En serio, creía que se estaba muriendo. Lo he estado pensando toda la noche, estaba muerta de miedo.

Quería pedirle perdón por haberla odiado tanto cuando volvió del baile. Le dije:

—Estabas muy guapa con tu vestido bajadera. Es un vestido precioso. Y el peinado ese con el moño en la frente te quedaba muy bien.

—¿No te parece que deberías contárselo a Alberto?, ¿mandarle un

telegrama? También es su hija, pobre diablo.

—Sí —dije—, pero la niña ya está mejor.

—Tal vez —respondió—, pero aun así yo le mandaré un telegrama.

A las once la niña empezó a gritar de nuevo de aquella manera espantosa. Temblaba y se sobresaltaba. Tenía cuarenta de fiebre. Por la tarde volvió a adormecerse, pero sólo unos minutos. Augusto fue a poner un telegrama. De pronto sentía un deseo inmenso de que Alberto llegara lo antes posible. Paseaba arriba y abajo por la habitación con la niña envuelta en una manta. Francesca salía de cuando en cuando a fumar al pasillo. El médico se fue a comer y volvió después. Yo miraba aquella cara suya profunda y desdeñosa con el labio inferior inclinado hacia fuera. Aquella cara parecía decir que no había ninguna esperanza. Tenía la impresión de que todos pensaban que no había esperanza alguna para la niña y me habría gustado convencerles de que estaba mejor. Me dio la sensación de que estaba mejor en un momento en que Francesca la cogió en brazos y ella se puso a jugar con su collar.

Le bon roi Dagobert

Chassait dans la plaine de l'Enfer!

En el malecón y en las sillas bajo las palmeras se veían hombres y mujeres extraordinariamente tranquilos. Fumaban y tiraban la ceniza al lado y se colocaban bien las mantas sobre las piernas y se enseñaban unos a otros las viñetas cómicas de los periódicos. Pasaba el chico de la fruta y ellos le compraban naranjas y las pelaban con cuidado y luego las abrían con las manos.

Le bon roi Dagobert

Chassait dans la plaine de l'Enfer!

Recordaba con horror cómo había pegado a la niña en las manitas porque no comía el día anterior. Recordaba cómo había tirado la cucharita y se había

puesto a llorar con un llanto violento y desconsolado. Ahora miraba aquellos ojos suyos color marrón y me daba la sensación de que lo sabía todo, todo sobre mí. Tenía los ojos cansados y apagados. Aquella mirada me parecía espantosa en la cara de una niña. Era una mirada amarga y lejana, no había en ella ningún reproche, pero tampoco ninguna piedad. Eran los ojos de alguien que ya no le pide nada a nadie. Dejé de acunarla y la puse de nuevo sobre la cama, la tapé con el chal. Apartó mis manos con un gemidito convulso.

De pronto Francesca se puso a llorar. Salió de la habitación sollozando. Yo miré al médico y él me miró a mí. Su labio se inclinaba rojo y estaba húmedo, le daba a su cara el aspecto de una bestia que acaba de abreviar. Luego vino de nuevo el médico de las pecas y otro médico pequeño que parecía muy importante. Les pregunté si hacía falta que desnudara a la niña y me dijeron que no. El médico pequeño le tomó la temperatura con la mano en la frente y en la nuca y le dio dos o tres golpecitos en las rodillas con una pequeña maza de marfil. Se fueron. Me quedé de nuevo a solas con el médico calvo. Me dijo que era posible que se tratara de una meningitis. La niña murió a las diez de esa noche.

Francesca me llevó hasta su habitación. Me tumbé en la cama y tomé un café. Vino la señora del quimono violeta y también la dueña del hotel y el médico de las pecas. La señora del quimono violeta me dijo que iba a tener más niños, que cuando los hijos mueren tan pequeños no es tan doloroso, que es mucho más doloroso cuando mueren siendo adultos. A ella se le había muerto un hijo que era teniente de la marina. Un gran muchacho. Y levantaba la mano para mostrarme lo grande que había sido. Pero la dueña del hotel dijo que era peor cuando mueren tan pequeños. Francesca echó a todo el mundo de allí y me dijo que durmiera un poco.

Cerré los ojos pero había algo que no sabía cómo alejar de mí. Era la cara con la que me había mirado la niña cuando la estaba acunando. Los ojos miraban con amargura e indiferencia. A aquellos ojos ya no les importaba nada la historia del *roi Dagobert*. Me venían a la memoria uno a uno todos los vestidos y los juguetes que había tenido la niña: el camello, la pelota de tela, el gatito de goma que silbaba, los pantalones con los botones, el babi con Blancanieves y los siete enanitos, las botas de lluvia. Recordaba lo que podía comer y las palabras que sabía decir. Me quedé dormida y soñé que estaba

caminando por una calle pero de pronto me di de bruces con un muro. Me desperté gritando.

Llamé a Francesca pero se había ido de la habitación. Allí sólo estaba Augusto. Permanecía de pie frente a la ventana y tenía la frente apoyada en el cristal. Me dijo que Francesca se había ido adonde estaba la niña. Me preguntó si me encontraba bien y yo le pedí que se sentara a mi lado. Me cogió de la mano y me acarició el pelo. Entonces me puse a gritar. Empecé a decir cosas sin ningún sentido mientras me agarraba con fuerza a aquella mano. Si gritaba lo suficiente conseguía apartar de la mente el camello y la pelota de tela. Alberto llegó a las cinco de la madrugada, dejó caer la maleta y corrió hacia mí. Sollozaba con la cabeza apoyada en mi hombro y aquella cabeza cubierta de rizos canosos que pesaba sobre mi hombro me pareció que era la única cosa que deseaba.

Le dije que no quería volver a ver ni el camello ni la pelota de tela y Francesca y él hicieron un paquete con las cosas de la niña y las regalaron por ahí.

Francesca partió de San Remo un día antes que nosotros y fue a nuestra casa para sacar la cuna, el carrito y todas las cosas que había allí de la niña. Le dijo a Gemma que se podía marchar a Maona con los suyos durante una temporada. Gemma se marchó llorando y se llevó también el gato. Yo no quería verla porque su cara con el orzuelo me recordaba el día que nació la niña.

Alberto escribió una carta a mi madre diciéndole que yo no quería verla ni a ella ni a mi padre, que lo único que quería era estar a solas con él durante un tiempo. No quería que hubiese nadie más a mi lado más que él y había que tener paciencia conmigo hasta que poco a poco fuese diciendo las cosas que me apetecía hacer. Escribió también que cada persona se comporta de una forma diferente cuando le sucede una tragedia, que cada cual tiene su propia manera de defenderse y que las personas que están alrededor deben permanecer quietas y en silencio y esperar a que todo pase.

Regresamos a la ciudad y en la primera época ni siquiera salía de casa porque no quería cruzarme con ningún niño. Al principio venía una mujer para

hacer la casa pero me resultaba muy penoso tener que darle conversación de modo que le dije que no viniese más y empecé a hacerlo yo todo. Tampoco es que hubiera gran cosa que hacer. Me quedaba en la cama hasta muy tarde por la mañana. Miraba sobre la manta mis brazos libres y vacíos. Me levantaba muy despacio y me vestía y dejaba que el día fuese fluyendo hora tras hora libre y vacío. Trataba de no recordar la canción del *roi Dagobert* pero la escuchaba constantemente en la memoria y lo único que conseguía ver delante de mí era la cara del médico y aquella boca como de animal que acaba de abreviar o también los largos pasillos del hotel Bellevue o la escalera con la alfombra roja o la placita con las sillas y las palmeras.

Alberto se quedaba en casa conmigo. Era muy bueno y yo estaba asombrada de ver cómo acudía siempre en mi ayuda. Nunca hablábamos de la niña y cuando vi que todavía estaban en la despensa los botes de harina de arroz para las papillas y que Francesca se había olvidado de llevárselas él hizo un paquete con todo y se lo llevó, no sé adónde. Me sorprendía que fuese tan bueno conmigo. Me leía poemas de Rilke y hasta las anotaciones que había hecho en los márgenes de los libros. Decía que tenía ganas de recoger todos aquellos apuntes que había estado haciendo sobre sus lecturas y escribir un libro con todos ellos que se titularía *Variaciones en escala menor*. Creo que estaba un poco envidioso de Augusto porque él sí había publicado sus libros. Me dijo que tenía que ayudarlo a recoger aquellos apuntes y algunas veces me los estuvo dictando para pasarlos a máquina hasta altas horas de la noche. Yo no escribía muy rápido pero no le molestaba. Me decía que le dijera los puntos en los que no se había expresado con suficiente claridad.

Un día le pregunté si todavía se quería ir de casa y me dijo que no. Me dijo que iba a tirar la caja de zinc un día de éstos, pero iban pasando los días y la caja de zinc seguía en su estudio, al principio llena de sus libros y luego de otras cosas. Cuando quería un libro lo sacaba pero nunca se decidía del todo a volver a ponerlos todos en las estanterías tal y como estaban antes. Casi siempre estábamos en su estudio y ya no me decía nunca que tenía ganas de salir. Al principio no hablábamos de la niña pero poco después empezamos a hablar y me dijo que tal vez me hacía bien hablar del asunto largo y tendido con él. Me dijo que tendríamos otro hijo aunque no me agradara pensarlo, que también querría a ese nuevo niño y que estaría tranquila y contenta en el

mismo instante en que lo viera a mi lado. Y así fue como empezamos a hacer el amor de nuevo y poco a poco fui empezando a pensar que podía tener otro hijo. Pensaba en cómo le daría el pecho y en cómo le acunaría y en todas aquellas cosas que me resultaban agradables.

Empecé a enamorarme de nuevo de Alberto y cuando me di cuenta de lo que me estaba pasando me dio mucho miedo. El pensamiento de que se marchara de casa para siempre me hacía temblar de miedo. Miraba aquella caja de zinc y me daba pavor. Cuando me dictaba y yo escribía a máquina tenía miedo de no ser lo bastante rápida. Si me miraba fijamente tenía miedo de que no le gustase mi cara. Pensaba en la facilidad con la que vivían el resto de las mujeres, pensaba en Francesca y en Giovanna y me daba la sensación de que no habían sentido en su vida ni una sombra del miedo enorme que yo sentía. Pensaba en lo fácil que era la vida de las mujeres que nunca han tenido miedo de un hombre. Miraba mi rostro en el espejo durante mucho rato. Nunca había sido un rostro hermoso pero ahora me parecía que le habían abandonado la poca frescura y juventud que había tenido en su momento.

Estábamos siempre solos en casa y así fue como entendí de pronto cómo viven un hombre y una mujer. Él no salía de casa, le veía vivir todo el tiempo, le veía levantarse por la mañana y tomar el café que le había preparado y escribir sus anotaciones en los libros y trastear encorvado sobre la caja de zinc. Dormíamos juntos en el estudio y hacíamos el amor y nos quedábamos despiertos en la oscuridad hasta muy tarde y yo sentía su respiración tranquila cerca de la mía. Antes de quedarse dormido me decía siempre que no le importaba que le despertase si no conseguía dormir y me sentía triste. Jamás me habría atrevido a despertarle, pero el pensamiento de que podía hacerlo me resultaba muy dulce. Era tan bueno conmigo que comprendí cómo puede ser la ternura en un hombre. Pensé que era culpa mía si ni siquiera así estaba contenta, pero no podía dejar de sentir aquel miedo por mi cara y mi cuerpo. Cuando hacíamos el amor me daba miedo que le pareciera aburrido hacer el amor conmigo. Siempre que quería decirle algo esperaba mucho tiempo para decidir si era aburrido o no. Cuando me leía aquellas anotaciones que quería recoger en un libro en muchas ocasiones se me ocurrían observaciones que le habría podido hacer, pero un día que le hice una me pareció que se disgustaba un poco y me estuvo explicando durante un buen rato que le había

malinterpretado. Me mordía la lengua de la rabia que me daba habérselo dicho. Me acordaba de vez en cuando de la época en la que todavía no nos habíamos casado y nos sentábamos durante horas en los cafés y yo hablaba sin parar. En aquella época me resultaba fácil hablar con él, le decía todo lo que se me pasaba por la cabeza y me sentía joven y serena en su mirada, pero ahora que había tenido a la niña y que la niña había muerto ya no podía ni pensar que algún día pudiera dejarme.

Muchas veces pensaba en otras mujeres. Pensaba en Francesca y en Giovanna y también en mi madre. Me daba la sensación de que para ellas las cosas eran muy sencillas. Mi madre con sus conservas de tomate y sus vestidos para los niños pobres de Maona, Francesca con sus cuadros y Giovanna con su abrigo de piel de cordero y regañando a su hijo por culpa del latín habían encontrado una manera de vivir que les resultaba justa y natural y sobre todo no triste. Giovanna decía que se había arruinado la vida por no haberse casado con Alberto y lloraba un poco pero por la forma que tenía de llorar me daba la sensación de que tal vez había acertado en todo en su vida. Había aprendido a moverse con destreza en su vida, una vida en la que también estaban Alberto y había viajes y en la que también estaba aquel hijo que no estudiaba y el marido y otros recuerdos con un director de orquesta, y también música y libros y tertulias de té con amigas y reflexiones y discursos. Y sin embargo a mí me daba la sensación de que yo nunca había sido capaz de vivir y de que ya era demasiado tarde como para aprender, pensaba que en mi vida no había hecho otra cosa que mirar fijamente en aquel pozo oscuro que había en mi interior.

Una noche le pregunté a Alberto si sabía que Giovanna había venido una tarde a casa a hablar conmigo. Había dudado mucho sobre si debía contárselo o no antes de hacerlo, pero pensaba que ya no iba a ser capaz de resistir más tiempo con aquella cosa escondida en mi interior. Me dijo que lo sabía y cuando le pregunté cómo se había enterado me contó que se lo había dicho Augusto. Le pregunté si le molestaba y me dijo que no. Le dije:

—No te marcharás.

Y él:

—No, no me marcharé.

Le contesté:

—¿Sacarás todas las cosas que hay en la caja de zinc?

Y él:

—Sí.

Y yo:

—¿Quieres que te ayude a sacarlas?

Y él:

—No, no te preocupes, no hay tanta prisa, lo iré haciendo yo poco a poco.

Y entonces le pregunté:

—¿Por qué no te vas? ¿Es porque te doy lástima?

Y él contestó:

—Me desagrada la idea de que te quedes sola sin mí.

Y yo le dije:

—Nunca me habría esperado que fueses tan bueno conmigo, nunca me habría imaginado que desearas ayudarme. Me daba la sensación de que no querías demasiado a la niña, ni a mí tampoco. Creía que a la única persona a la que querías era a Giovanna.

Entonces se puso a reír despacio, muy despacio. Me dijo:

—A veces me da la sensación de que no quiero a nadie.

—¿Ni siquiera a Giovanna?

—No, ni siquiera a ella —dijo—, ahora está con su marido, en un lago en el que tienen una villa, no sé cuándo regresará. Si no la veo no me acuerdo de ella, no pienso mucho en ella, es una cosa curiosa.

Durante un rato nos quedamos en silencio. Estaba acostado a mi lado y respiraba tranquilo, jugaba con mi mano sobre la manta. Jugaba a cerrarme los dedos y luego abrirlos hasta que de pronto se puso a hacerme cosquillas en la palma. Me soltó de pronto la mano y se alejó de mí. Dijo:

—Resulta difícil saber lo que hay de verdad dentro de nosotros. Estamos aquí sólo un segundo y ya nos vamos. Yo nunca he entendido nada de mí mismo. Quería mucho a mi madre y lo pasé muy mal cuando murió, pero luego una mañana salí de casa, me puse un cigarrillo entre los labios y en el instante en que encendí una cerilla contra un muro me sentí extraordinariamente feliz de que hubiese muerto por fin, de no tener que volver a jugar a las damas con ella y no escuchar su voz estridente diciéndome que no me echara tanto azúcar en el café. Por eso no sé si quiero a Giovanna. Hace ya varios meses que no la

veo y pienso poco en ella, estoy un poco holgazán y no me apetece sufrir.

—Y cuando ella regrese, ¿te querrás marchar otra vez?

—No lo sé —dijo—, puede ser.

Se dio la vuelta y se quedó dormido. Yo no podía dormir y pensaba que me había dicho que le despertara si me sentía muy triste pero no tenía valor y pensé que no quería pedirle ayuda a aquel hombre. Era absurdo pensar que a aquel hombre se le podía pedir nada. Sabía que ni siquiera Giovanna le podía pedir nada. Me quedé mirando su rostro dormido, aquella boca inmóvil y sin respuestas. ¿Se quedaría conmigo o se marcharía? ¿Realmente quería tener otro hijo? Me desvelé totalmente y lo único que podía hacer era repetir con los ojos como platos: «No sabré nunca lo que quiere de verdad. No sabré nunca lo que quiere de verdad».

Así fue como empecé a pensar en el revólver. Pensaba en él de la misma manera que a veces pensaba en darle el pecho al niño nuevo. Pensaba en el revólver y me sentía tranquila, pensaba en él mientras hacía la cama y mientras pelaba las patatas y mientras planchaba las camisas de Alberto. Pensaba en él mientras salía y bajaba por las escaleras, del mismo modo que pensaba en darle el pecho y acunar al nuevo niño. Pero si hubiese tenido otro niño me habría quedado siempre el miedo de que se enfermara y muriera y estaba demasiado cansada de tener miedo y además me parecía que no tenía mucho sentido dar un hijo a un hombre como aquél.

Francesca venía a verme de cuando en cuando y me contó que tenía un nuevo amante, uno que había conocido en San Remo con la condesa, que se había hartado de pintar cuadros y que ahora lo único que hacía era ir de viaje con él. Me contó que al principio se había enamorado un poco, nada serio, que era un tipo duro y que no debía asombrarme si un día leyendo el periódico me encontraba que la habían estrangulado durante la noche. Al parecer el tipo no prometía nada bueno y cada vez que salía de casa ella iba corriendo al cajoncito donde guardaba el dinero para asegurarse de que no se lo había vaciado de dinero. Pero era muy guapo y daba mucho gusto pasear con él porque todas las mujeres se quedaban mirándole y hasta había sido el gigoló de la condesa durante una época. Ahora Francesca decía que la condesa era una vieja asquerosa y tacaña hasta el delirio porque se había negado a comprar un retrato que le había hecho. Cuando la condesa vino desde San

Remo se habían encontrado y peleado a muerte por culpa del gigoló. De Augusto, Francesca no quería ni oír hablar, pero siempre que Augusto venía a nuestra casa nos pedía que le habláramos de Francesca, aunque lo cierto es que venía muy poco porque quería terminar de una vez su libro sobre los orígenes del cristianismo. Alberto le leía sus apuntes y el libro en el que los quería recopilar pero él andaba como distraído. Conmigo estaba siempre muy amable y me miraba mientras planchaba las camisas y yo pensaba en aquel día en que estuvimos paseando y hacía tanto viento y yo creía que íbamos a hacer el amor a continuación. Le miraba y me daba la sensación de que él era un poco como yo, que tenía siempre fija la mirada en el pozo oscuro que había en su interior. Por eso pensaba que tal vez habríamos sido felices si hubiésemos hecho el amor, que él me habría entendido y me habría ayudado. Pero me decía a mí misma que ya era muy tarde. Me parecía que ya era demasiado tarde para empezar cualquier cosa de nuevo, un nuevo amor, un nuevo niño, me daba la sensación de que era demasiado trabajo y que yo estaba demasiado cansada. Y en la mirada de Augusto me reencontraba con aquella noche en San Remo en la que se había puesto enferma la niña y la noche siguiente en la que se había muerto y me quedé agarrada a su mano. Me decía a mí misma que en la vida de una persona no todo debe ser tener amores o tener niños, que se pueden hacer cientos de cosas diferentes como escribir un libro sobre los orígenes del cristianismo. Pensaba en lo pobre que era mi vida pero que tal vez ya era demasiado tarde para intentar cambiar y en el fondo de todos aquellos pensamientos siempre aparecía el revólver.

Alberto comenzó a salir de nuevo y aunque decía que iba a la oficina yo pensé que tal vez ya había regresado Giovanna. Él decía que no había vuelto todavía pero yo no le creía. Un día Giovanna vino a verme. Era por la mañana y Alberto había salido hacía poco. Yo estaba en el salón pasando a máquina sus últimos apuntes.

En aquella ocasión venía vestida de gris con un sombrero redondo y duro de paja negra y una especie de capa. El vestido y el sombrero eran nuevos pero llevaba los guantes un poco desgastados de la otra vez. Se sentó y se puso a hablar de la niña. Me dijo que me había escrito una carta pero que luego la había roto porque de pronto le había parecido absurdo escribirme. Aun así desde que había sabido lo de la niña no había dejado de pensar en mí

e incluso aquel día antes de ir a verme había estado dudándolo mucho hasta que al final se había decidido, se había puesto el sombrero, se había arreglado y había venido. Yo le miré el sombrero y tampoco me dio la sensación de que se hubiese estado arreglando tanto. Estaba firme y duro sobre la frente y me daba la sensación de que le molestaba. Sus palabras eran inmóviles y simples y hablaba con la voz muy baja como si estuviese intentando no hacerme daño, pero yo no tenía ganas de hablar de la niña con ella. Dijo:

—Es una cosa muy extraña. Soñé con la niña dos o tres días antes de que muriera. Estábamos aquí juntas en el salón y también estaba la madre de Alberto tumbada en el diván envuelta en una manta. Decía que estaba así porque tenía mucho frío y yo le puse encima mi abrigo y me lo agradeció. La niña estaba sentada en una silla y tú tenías miedo de que cogiese frío y me pedías que cerrara la ventana. Yo había comprado una muñeca para ella y quería sacarla del paquete pero no conseguía desatar el cordel.

Yo contesté:

—La niña no jugaba con muñecas. Jugaba con un camello y confín^ pelota de tela.

Y ella:

—El sueño me pareció extraño y me desperté de pronto con una sensación de angustia que no conseguía explicarme. Pocos días después me llegó una carta de Alberto en la que me contaba lo de la niña.

Yo la miraba como si intentara averiguar si realmente había tenido ese sueño. Me daba la sensación de que se lo había inventado todo. Continuó:

—Era una carta de pocas palabras. Aquel día teníamos invitados y yo tuve que sacarles a pasear para entretenerles. Estuve todo el día dándoles conversación. Me sentía totalmente perdida. Era extraño, porque no pensaba en Alberto. Pensaba en ti.

Estaba sentada en el sillón con sus delgadas piernas cruzadas y las manos bajo la capa y el pelo rígido e inmóvil sobre la cabeza.

—Te tiene que estar molestando —dije yo señalando el sombrero.

—Sí —contestó, y se lo quitó de inmediato. Tenía una línea roja en la frente. La observé. Tenía una mirada bondadosa y tranquila, un cuerpo relajado y fresco bajo aquel vestido primaveral. Pensé en cómo habría elegido aquel modelo seleccionándolo en una revista de moda y en cómo lo habría

encargado a la modista. Pensaba en aquella vida suya compuesta de días tranquilos, en aquel cuerpo confiado y sin miedo. Me dijo:

—¿Sientes odio hacia mí?

—No —dijo—, no es exactamente odio, pero no tengo ganas de hablar contigo. Me parece que no tiene ningún sentido que estemos las dos en la misma habitación. Me parece absurdo y ridículo porque no nos diremos nada importante ni nada verdadero. Y, ¿sabes?, no me creo que hayas tenido ese sueño realmente, creo que te lo has inventado mientras venías aquí.

—No —dijo, y se echó a reír—, no me conoces, yo no tengo imaginación, no sería capaz de inventarme nada. ¿Nunca te ha dicho Alberto que no tengo ninguna imaginación?

—No, no hablamos mucho de ti. Una vez cuando hablamos de ti me dijo que si no te ve se olvida de ti. Supongo que tendría que haberme dado placer escuchar algo así y sin embargo fue peor. Quiere decir que ni siquiera te quiere a ti, quiere decir que para él no existe nada sagrado. Hubo una época en la que tenía celos de ti y te odiaba pero ahora también eso ha pasado. Si te crees que él es infeliz cuando no está contigo te equivocas, no le gusta sentirse infeliz. Y ahora vete de aquí.

—Lo sé —dijo—, no puedes decirme nada sobre él que yo no sepa. Te olvidas de que le conozco desde hace muchos años. Ya ha pasado la mayor parte de nuestra vida, no somos jóvenes. Hemos envejecido juntos, él en su casa y yo en la mía, pero juntos. Nos hemos dejado muchas veces pero siempre nos hemos acabado reencontrando. No era él el que me buscaba a mí, sino yo la que le buscaba a él, eso es verdad, pero siempre se alegraba. Estamos bien juntos, tú no lo entiendes porque siempre te has llevado mal con él.

—Vete de aquí —dijo—, creo que si te quedas voy a empezar a odiarte.

—Ódiame si quieres —dijo—, me parece justo. Puede que yo también te odie a ti, pero me das lástima porque se ha muerto tu hija. Yo también tengo un hijo y me da lástima la gente que pierde a sus hijos. Cuando leí la carta de Alberto durante todo el día no pude pensar en otra cosa, me quedé aturdida.

—No quiero que Alberto te escriba —dijo—. No quiero que os encontréis y deis paseítos y hagáis viajecitos ni que habléis de la niña ni de mí. No quiero. Es mi marido. Es posible que cometiera un error al casarme con él

pero ahora es mi marido y hemos tenido juntos una niña que ahora está muerta y eso es algo que no se puede borrar sólo porque a vosotros dos os guste hacer el amor.

Ella respondió:

—Tampoco lo que ha habido entre él y yo se puede borrar.

Lo dijo en voz baja y para sí misma. Se puso de nuevo el sombrero y al hacerlo se le contrajo la expresión. Se puso los guantes muy rápido ajustando cada uno de los dedos.

—No sé lo que ha habido entre vosotros —dije—, seguramente hayan sido cosas importantes, pero no han podido ser tan importantes como el nacimiento y la muerte de una niña. ¿Viajecitos, no? ¿Paseítos? Muy bien, ahora vete de aquí, ya estoy cansada de tu sombrero y de tu vestido, digo cosas sin sentido. Si te quedas más tiempo me van a dar ganas hasta de matarte.

—No —dijo, y se echó a reír. Era una risa juvenil y aguda—. No lo harás. Tienes todo el aspecto de mosquita muerta, pero a mí no me das miedo.

—Tanto mejor, ahora vete de aquí.

—Sí —dijo—, me voy, pero me voy a acordar de este día. Ha sido muy importante en cierto modo. No sé por qué. Tengo la impresión de que ha sido importante y de que nos hemos dicho cosas importantes y verdaderas. Volveré en alguna ocasión, si no te importa.

Yo dije:

—Gracias, pero preferiría que no lo hicieras.

—Viva la sinceridad —dijo—, gracias. No me odies mucho.

Se marchó.

Me puse a escribir a máquina otra vez pero cometía errores todo el rato y estaba distraída. Fui al espejo a mirarme para ver si tenía aspecto de mosquita muerta. Preparé la comida y Alberto volvió a casa. Le pregunté si yo tenía aspecto de mosquita muerta y me contestó que no, pero luego me dijo que no tenía ni idea de cómo era una mosquita muerta. Estaba distraído y un poco nervioso y se marchó rápidamente después de comer.

Yo tenía ganas de llamar a Francesca o de ir a buscarla pero luego pensé que ella tenía al gigoló. Alberto ahora salía todos los días, a veces incluso después de cenar. Como yo dormía en el estudio ya no cerraba la puerta con llave y muchas veces cuando me quedaba sola abría el cajón y me quedaba

mirando el revólver. Lo miraba un minuto y me sentía tranquila. Cerraba el cajón despacio, muy despacio, y me volvía a acostar. Me quedaba inmóvil y despierta en medio de la oscuridad y trataba de no recordar la época en la que se alzaba en medio del silencio nocturno el llanto débil y rabioso de la niña. Llevaba mis pensamientos a un lugar muy lejano, a Maona, cuando era pequeña, a una pomada negra que me ponía en las manos para protegerme contra los sabañones, a una vieja maestra con gafas que nos llevaba de excursión, a un fraile que iba a casa de mi madre para pedir limosna y que tenía un saquito gris lleno de pan seco, y también a cuando leí *Esclava o reina* y a cuando me escondía a llorar en la carbonera, a una vez que mi madre me hizo un vestido celeste para ir al colegio y a mí me pareció al principio que era muy bonito pero luego me di cuenta de que en realidad era todo lo contrario. Me parecía estar diciendo adiós a todas esas cosas como si estuviera a punto de marcharme para siempre y cuando cerraba los ojos volvía a sentir el olor de aquella crema negra en mis manos, el olor de las peras al horno que preparaba mi madre en invierno. Cuando Alberto volvía a casa hacíamos el amor pero ya no me decía que tendríamos más hijos. Se había cansado también de dictarme sus apuntes y el poco tiempo que estaba en casa se lo pasaba mirando el reloj. A veces me daba por pensar que dentro de poco se convertiría en alguien muy viejo demasiado cansado para estar saliendo todo el rato de casa, y entonces se sentaría en el sillón a dictarme sus apuntes, y me pediría que tirara la caja de zinc y que pusiera de nuevo los libros en las estanterías y que pusiera también los barcos de guerra. Pero en vez de eso estaba siempre igual, cada vez más viejo pero también cada vez más joven, con su caminar veloz y ligero cuando iba a la ciudad, con el rostro ávido y delgado como si quisiera beberse el aire de las calles, el impermeable abierto y ondeante alrededor de su cuerpo grácil, el cigarrillo encendido entre los labios. Le pegué un tiro entre los ojos.

Me había pedido que preparara un termo de té para el viaje. Decía que el té le sentaba muy bien. Decía que no se me daba muy bien planchar ni cocinar, pero que sabía hacer el té como nadie. Mientras preparaba la maleta se enfadó un poco porque decía que las camisas no estaban bien planchadas, sobre todo en la parte del cuello y de los hombros. Hizo la maleta él solo, no quiso que le ayudara. Cogió también algunos libros de la caja de zinc. Le ofrecí las poesías

de Rilke y me dijo que no. Dijo:

—Ésas me las sé casi de memoria.

Yo también metí algún libro en mi maleta. Se puso contento cuando vio que yo también hacía la maleta. Me dijo que me iba a hacer bien ir a Maona a descansar con mi madre que me iba a llevar el café a la cama todos los días. Le pregunté qué quería hacer con la caja de zinc.

—¿La caja de zinc? —preguntó, y se echó a reír—. No —dijo—, no me voy para siempre. ¿Eso creías? ¿Que me iba para siempre? ¿Por eso tienes esa cara?

Fui a mirarme al espejo y le dije:

—Lina cara sin nada de especial. Una cara de mosquita muerta.

—De mosquita muerta, sí. —Me acarició el pelo y luego me dijo que fuera a preparar el té. Le gustaba fuerte y con mucho azúcar. Le dije:

—Dime la verdad.

Y él me dijo:

—¿Qué verdad?

Y yo:

—Te vas con ella.

Y él:

—La *verdad* va buscando, que le es tan amada, como lo sabe quien por ella deja la vida.

Cuando regresé al estudio ya había terminado aquel dibujo. Me lo enseñó, reía. Un tren largo, muy largo, con una gran nube de humo. Mojó la punta del lápiz con la lengua para que el humo saliese más denso. Tenía el termo en la mano, lo dejó sobre el escritorio. Reía y se daba la vuelta para ver si me reía yo también.

Le pegué un tiro entre los ojos.

Tenía los pies fríos y mojados y el agujero de la media me hacía mucho daño cada vez que daba un paso. Las calles estaban vacías y resplandecientes por la lluvia. Tenía ganas de ir a casa de Francesca pero luego pensé que a lo mejor estaba con el gigoló. Regresé a casa. Había un silencio enorme e intenté no escucharlo. Cuando llegué a la cocina supe lo que estaba a punto de hacer.

Era sencillo y no tenía miedo. Entendí que no tendría que hablar jamás con aquel hombre de cara cetrina al otro lado de la mesa y sentí un gran alivio. Entendí que ya no sería necesario hablar con nadie. Me senté a la mesa de mármol de la cocina intentando no prestar atención a aquel silencio. Del fregadero salía un aire frío y fétido y sonaba el tictac del reloj sobre el armario. Cogí el tintero y la pluma y me puse a escribir en el cuaderno de la compra. Tras un rato me pregunté a quién le estaba escribiendo. No era a Giovanna, ni a Francesca, ni siquiera a mi madre. ¿A quién era entonces? Me resultaba difícil saberlo, sentía que la época de las respuestas sencillas y límpidas se había acabado para siempre dentro de mí.



NATALIA GINZBURG (Palermo, 1916 - Roma, 1991) es una de las voces más singulares de la literatura italiana del siglo XX. Publicó en 1934 su primera narración, a la que siguieron obras teatrales —como *Me casé por alegría* (1964; Acantilado, 2018)—, ensayos. —*Las pequeñas virtudes* (1962; Acantilado, 2002), *Nunca me preguntes* (1970) y *Serena cruz o la verdadera justicia* (1990; Acantilado, 2010)— y novelas. —*El camino que va a la ciudad* (1942; Acantilado 2019), *Y eso fue lo que pasó* (1947; Acantilado, 2016), *Nuestros ayeres* (1952), *Valentino* (1957), *Las palabras de la noche* (1961), *Léxico familiar* (1963), *Querido Miguel* (1973; Acantilado, 2003) y *Vita imaginaria* (1974)—, así como la biografía *Antón Chéjov* (1989; Acantilado, 2006).

Notas

[1] Este artículo apareció por primera vez bajo el título «E stato così» en L'Unita el 21 de septiembre de 1947. <<

[2] Este texto de Natalia Ginzburg apareció por primera vez integrado en el prólogo al volumen Cinque romanzi brevi, publicado en 1964 y entre las que se encontraba Estado cosí. <<

[3] La autora era Helen G. Carlisle. La traducción que leyó Natalia Ginzburg fue publicada en 1945 en Le Quadriège d'Apollon, en París. (N. del T). <<

[4] Versos 71 y 72 del *Purgatorio de La divina comedia* de Dante. Son las palabras que utiliza Virgilio para presentar a Dante ante Catón (guardia del acceso al monte Purgatorio) como «buscador de la libertad». «Como lo sabe quien por ella deja la vida» se refiere al suicidio de Catón en Utica cuando llegó la dictadura de César. (N. del T). <<